

Sentir la historia. Propuestas para una agenda de investigación feminista en la historia de las emociones

Feeling in history. Proposals for feminist research in the History of Emotions

Rosa María Medina Doménech

Universidad de Granada.

Recibido el 13 de diciembre de 2011.

Aceptado el 12 de julio de 2012.

BIBLID [1134-6396(2012)19:1; 161-199]

RESUMEN

En este trabajo me propongo plantear un mapa orientativo y personal del conjunto de debates y dilemas en los que navegamos hoy en día quienes indagamos en la historia de los sentimientos. En lugar de exponer una historiografía de las emociones circunscrita al territorio que trazan las escuelas tradicionales en historia, he planteado una topografía de debates porque, como argumento en este trabajo, permite presentar cuestiones que presentaré como historiográficas, pero que, además, ayudan a tomar conciencia de diversos dilemas vitales de nuestro presente particularmente trascendentes en la vida de las mujeres.

Palabras clave: Historia de las emociones. Historiografía. Investigación feminista. Subjetividad. Sentimientos. Poder. Patriarcado. Historia de la ciencia. Historia cultural. Saberes emocionales subalternos. Psicología. Psicoanálisis.

ABSTRACT

In this paper I draw a personal map of the shared debates and dilemmas that historians of emotions have to navigate in our research. Instead of writing a historiography of emotions circumscribed to the traditional schools of History, I mapped the diverse interdisciplinary debates as a useful way of exploring and gaining consciousness on contemporary emotional dilemmas which are particularly relevant for women's everyday life.

Key words: History of emotions. Historiography. Feminist research. Subjectivity. Feelings. Power. Patriarchy. History of science. Cultural history. Subaltern emotional knowledge. Psychology. Psychoanalysis.

SUMARIO

1.—¿Escuelas o dilemas de nuestro tiempo? 2.—La dimensión espacial de las emociones y la historia de la subjetividad. 3.—La diversidad emocional vista desde la historia. 4.—La

dimensión colectiva de las emociones en las preguntas sobre el poder, la resistencia y el cambio. 5.—¿Es necesaria una visión material de las emociones? 6.—“*Un día decidieron llamar amor a un conjunto de fenómenos extraños, incalificables*”. La recuperación de la diversidad del saber afectivo y las psicologías indígenas como tarea histórica. 7.—Bibliografía.

En este artículo planteo algunas reflexiones sobre las emociones extraídas de la historia y los debates teóricos que la recorren, tratando, a la vez, de iluminar, algunos dilemas vitales contemporáneos, especialmente importantes para las mujeres. Siguiendo el llamamiento que hacía recientemente Anna Jónasdóttir en la reunión “Love in our time, a question for feminism” (2010)¹, plantearé qué aspectos de nuestra investigación histórica sobre las emociones podrían desarrollarse para contribuir activamente, desde una posición feminista y dentro de nuestras propias disciplinas, al “think tank” o laboratorio de ideas internacional que muy activamente viene desarrollándose en los últimos años.

1.—*¿Escuelas o dilemas de nuestro tiempo?*

La historia de las emociones más que un campo dentro de la disciplina histórica, yo diría que debería plantearse como una intersección disciplinar que toma como objetivo el estudio de algo que por lo general llamamos “emociones” y que, en apariencia, todas las personas parecemos entender de forma similar en qué consisten. Sin embargo, pronto percibimos su indefinición y multiplicidad y, al ir cultivando nuestro estudio, también muchas de las cuestiones afectivas que nos parecían garantizadas o “naturales” en nuestras vidas, pueden empezar a conmoverse. En este sentido, es necesario advertir desde el principio que emprender un viaje por la historia de las emociones no es un paquete turístico, no deja indemne a quien lo emprende. Como una buena *road movie*, viajar por el estudio de las emociones transforma nuestras concepciones y cambia —de manera a veces bastante confusa— nuestras experiencias con los sentimientos. Pero para animar a esta aventura difícil utilizaré como brújula las inspiradas palabras de Joan Scott (2007, 26) quien nos anuncia “cuando la melancolía se deja atrás, se abre nuestro propio camino. La pasión vuelve como si se preparara para la nueva búsqueda de lo que todavía no ha sido pensado”.

La perspectiva desde la que presentaré la agenda de investigación sobre la historia de las emociones que propongo en este artículo, parte de mi

1. Pueden consultarse los resúmenes extensos de los trabajos presentados a esta conferencia en http://www.genderexcel.org/?q=webfm_send/79

propia ubicación “particular” como historiadora de la ciencia. Me gustaría aclarar que uso el adjetivo “particular” para indicar que dentro de la historia de la ciencia me mueve el interés de contemplar el conocimiento científico-tecnológico como un componente más, no privilegiado, de la cultura y la sociedad de una época, un saber o etnociencia entre otras existentes en cualquier momento histórico. Además, como habitante del mundo cosmopolita de la teoría contemporánea, mi perspectiva —dentro de la historia de la ciencia post-foucaultiana— ha pasado por la profunda revisión que han supuesto el feminismo y la teoría postcolonial (MEDINA DOMÉNECH, 2005). Dos grandes transformaciones cognoscitivas que no dejan indemne a quien las “sufré” pues modifican tanto las agendas de interés como las propias metodologías. Como punto de referencia para el panorama que plantearé, voy a tomar un lugar situado en la investigación sobre el amor romántico en el franquismo que inicié hace unos años dentro de un equipo interdisciplinar (ESTEBAN, MEDINA DOMÉNECH, TÁVORA, 2005).

Algunos de los debates que mostraré, nacieron del intento de comprender hasta qué punto las ideas científico-médicas sobre el amor que circularon en la postguerra española, afectaron a las vidas concretas de las mujeres de la época y, en qué medida, estas ideas encajaban con la taxonomía patriarcal de la mujer-madre-esposa que se configuró desde sectores muy diversos del nacional-catolicismo². Pero quizá aún más substancial, para las discusiones que mostraré en este trabajo, fue el intento de llevar a cabo una investigación alejada de una historia ensimismada en el poder y tratar de contribuir a una historia de las resistencias o incluso de ir aún “más allá”. Ese “más allá” no es nada esotérico. Me refiero a que mi horizonte fue, desde el inicio, la búsqueda histórica de un saber sobre el amor (y otras emociones) en apariencia “expropiado” por los intentos más o menos normativos o medicalizadores. En la base de esta búsqueda estaba la preocupación por no contribuir desde la historia a esa “expropiación de saberes” pues, en ocasiones, parecemos sufrir un cierto deslumbramiento con el poder y seguir quizá ancladas en unos relatos marcados por lo que podríamos denominar una “narrativa victimista” (MEDINA, ESTEBAN, TÁVORA, 2012).

Las dificultades con las que se encuentra quien inicia una investigación en este campo histórico han sido reconocidas por investigadores tan experimentados como Peter Burke (2005) quien advierte sobre nuestra “carencia de un sistema fiable de representación y comprensión de las emociones”. Como

2. Los resultados de esta investigación aparecerán en el libro *Ciencia y sabiduría del amor. Una historia cultural del franquismo* que será publicado en la editorial Iberoamericana hacia finales del 2012. Está en fase de revisión un artículo enviado a la revista *Science as Culture*.

señalaba también la historiadora Fay Bound Alberti (2009, 809) habremos de trabajar con un objeto de estudio sobre el cual existe un gran “pluralismo de significados” no sólo en el momento actual sino también en relación al pasado. Este “pluralismo” es conceptual y lingüístico. ¿Cómo denominarlas? ¿Pasiones, emociones, sentimientos, afectos? No es un debate terminológico casual, sino indicativo de la diversidad histórica de las emociones y la falta de una versión uniforme y universal de las mismas. Las pasiones, con anterioridad al siglo XIX, conllevaban una concepción espacial que admitía su acción como fuerzas externas a las personas que producían efectos, en sus cuerpos y en sus percepciones. De hecho para Bound Alberti (2009, 801) el nuevo término “emociones” testimonia una “visión modernista en la que se da por sentado que son fenómenos psicológicos, naturalizados, en nuestro mundo post-freudiano, como interiores, es decir, procesos circunscritos vinculados a la operatividad de mentes individuales y secularizadas”.

Aunque desde algunas disciplinas como la medicina o el psicoanálisis parece distinguirse entre emociones cuyo lugar de expresión sería el cuerpo, y los sentimientos que encontrarían en la mente su lugar de expresión, el propio lenguaje muestra ciertas diferencias que no son comunes a todas las lenguas. Como indica el psicólogo social Crespo (1986) el idioma español parece sentirse más cómodo con el término “sentimientos” aunque emociones y sentimientos pueden ser dos campos semánticos y culturalmente distintos. Uno (emociones) remitiría más a una visión individualista, a una ideología vital que prima la adquisición de experiencias positivas y que plantea el mundo emocional como algo externo al ser humano y en el que podrían cambiarse las emociones negativas con otras positivas. El otro campo (sentimientos) remitiría a una comprensión de la vida como una carrera moral más que como un cúmulo de experiencias, donde los sentimientos dependerían de situaciones ambientales pero serían imputables a los sujetos, como agentes de su propia vida.

Estas diferencias terminológicas con un profundo sedimento histórico, aún poco conocido, han llegado a establecerse como corrientes o campos de estudio, entre las ciencias humanas y sociales, tales como los *Emotion Studies* y los *Affect Studies*. Aunque resulta difícil valorar el porqué de estas diferencias en un terreno aún en plena ebullición, sí merece la pena indicar los contenidos de estos términos que nos pueden interesar como historiadoras. Los *Affect Studies* (Estudios de los afectos) ponen el énfasis en discutir la división mente-cuerpo y las dualidades asociadas, entroncando así con la filosofía de Baruch Spinoza (HARDT, 2007). Esta línea de trabajo que encuentra su confort en el término “afectos” enfatiza una cuestión esencial: que estudiar las emociones nos lleva a afrontar los dualismos básicos de nuestra cultura, como mente/cuerpo, naturaleza/cultura y otros análogos (pensamiento/sentimiento, emoción/acción). Como Spinoza,

este grupo de estudios defiende que razón y pasión forman un continuo pues al aumentar el poder de actuar y pensar se acrecienta también la capacidad para verse afectado. Pero quizá la reivindicación esencial que se plantea desde esta óptica, es que para teorizar lo social, es imprescindible analizar los aspectos afectivos involucrados, y generar un “giro afectivo” que afronte, a través de la afectividad, la reconfiguración de lo material, lo tecnológico y lo social (CLOUGH y HALLEY, 2007). Un antecedente más próximo que Spinoza a los *Affect Studies* puede situarse en el trabajo clásico de Raymond Williams (1997 [1977]) quien traspasó el análisis social tradicional de las estructuras materialistas como cuestiones externas, para plantear una especie de “marxismo de la subjetividad”. De su obra *Marxismo y literatura* es su capítulo “estructura del sentir” donde define esta estructura como una característica de un determinado tiempo histórico, de carácter firme y tangible y menos idealista que el concepto de “espíritu de una época”. Esta estructura sentimental que caracterizaría una época concreta, incluiría las percepciones y valores con las que una determinada generación vive, y las formas en las que se va articulando a través de expresiones artísticas y convenciones.

También, dentro del feminismo, el cuestionamiento de este tipo de dicotomías (mente/cuerpo, sentir/razonar) tiene una larga historia, por lo que en una investigación de las emociones con perspectiva feminista o de género no debería resultar extraño incorporar una crítica a la visión dual de la interrelación entre la mente y el cuerpo en la concepción de las emociones. Es importante indicar que este dualismo es la base en la que se asienta la visión occidental de la subjetividad que revisaremos más adelante. Pero, quizá aún más relevante es la apuesta genérica, desde estos nuevos campos de investigación, por plantear una comprensión de lo social que pasa, necesariamente, por comprender los afectos y emociones implicadas, una cuestión que para el feminismo ha sido su terreno político. Así que de esta manera “lo personal es político” podría quedar reformulado como “lo emocional es político”. Como indicaba Claude Millet (2008), esta dicotomía emoción/razón escapa de la historia misma pues el sistema emocional o sensorial de una época produce, en sí mismo, una racionalidad en su contexto, una “coherencia de sentimientos” expresión que toma del estudio de Alain Corbin (1992) sobre la ira en la Francia de la segunda mitad del XIX. Por tanto, más allá de los campos de estudio que ha generado el mundo académico anglosajón, la historia cultural, especialmente la francesa, ha ido desgranando aspectos de las emociones que coinciden no sólo en el cuestionamiento de la dicotomía, sino en la relevancia social de los sentimientos como matrices que sostienen socialmente los comportamientos. De manera que la lógica en la que se mueven los individuos en una época —y es el motor de sus acciones—, adquieren su racionalidad a través del aprendizaje sistemático

de una serie de prácticas emocionales —rituales en algunos casos— que conviene históricamente ir desgranando (BLANCHARD, 2008).

Para trazar una genealogía interdisciplinar de planteamientos no dualistas sobre las emociones que nos sirva de sustento e inspiración para nuestra agenda de investigación histórica, es necesario citar, en el campo de la antropología feminista, a Michelle Rosaldo (1980). Esta antropóloga desde lo que, en los años ochenta, denominábamos constructivismo (HARRÉ, 1986) defendió las emociones como pensamientos corporizados, es decir, no sólo sustancias en nuestro cuerpo, sino prácticas sociales encarnadas que actuamos y decimos con palabras, que se encuentran estructuradas por un medio cultural en el que se expresan y, yo añadiría, del que formarían parte las ciencias e instituciones médicas como proveedoras de determinadas visiones. Rosaldo planteó por tanto una cuestión importante para iluminar nuestras agendas de historia con perspectiva feminista³, que las emociones son también acciones —no sólo individuales— y que están socialmente inscritas en nuestros cuerpos. Esta perspectiva subraya la necesidad de incorporar los sentimientos como un motor de cambio en la historia y no como una cuestión trivial y sólo activa en la esfera de lo privado.

En la misma década y posición constructivista, Jaggard (1989) hizo un planteamiento epistemológico feminista que abría una agenda de trabajo que merece la pena rescatar. De una parte, planteó la necesidad de saber más sobre cómo afectan las emociones al conocimiento científico tradicional. Pero, por otra, y es lo que interesa aquí, explicaba muy bien cómo la manera en la que practicamos las emociones en nuestras vidas supera la capacidad de que disponemos para hablar sobre dicho manejo (“our practices can be more thoughtful than our abilities to express them”). No creo que resulte difícil ver en las aportaciones de estas décadas la herencia que el feminismo de los setenta había dejado en esta generación de académicas, en relación a la demanda de convertir lo personal en político (BLACKMAN *et al.*, 2008). Las emociones mismas, por tanto, son un cuestionamiento de nuestras dicotomías occidentales pues ni son elucubraciones perfectamente razonadas ni están totalmente carentes de intenciones. Así, tanto la identificación de lo que constituye un problema en la vida, como la selección e interpretación de los problemas vitales son procesos donde lo racional es inseparable de lo emocional. Algo parecido podríamos aplicar a nuestro propio trabajo pues las emociones sin duda influyen en la tarea histórica de hacernos preguntas de investigación e incumben a nuestro propio método de trabajo.

3. En nuestro contexto Mari Luz Esteban (2007) ha defendido la importancia que, para una perspectiva feminista de la antropología, tiene esta concepción de las emociones como acción social.

Otro tipo de enfoque para cuestionar la dicotomía emoción/razón puede encontrarse en el historiador William Reddy (1997). Reddy, desde un declarado anti-constructivismo, ha entrado en diálogo con la psicología cognitiva contemporánea incluso proporcionando ciertos conceptos novedosos que tratan de deshacer la idea de que las emociones son irracionales y poderlas así abordar, desde una investigación histórica, lejos del “paradigma hidráulico” del que hablaré más adelante. Desde la perspectiva de Reddy, podría decirse, que son racionalizaciones con otro lenguaje, emanaciones cognitivas que deben ser tenidas en cuenta en nuestras acciones. Pero antropólogas feministas como Catherine Lutz han criticado los enfoques inspirados en las ciencias cognitivas por ser excesivamente robóticos y entender a las personas como procesadoras de información (LUTZ y WHITE, 1986) y, quizá, hay que reconocer que algunos aspectos del mundo teórico que propone Reddy tienen este tinte. Los debates sobre si las emociones están sólo construidas socialmente o son producto de nuestro cuerpo y quizá más bien, pensaríamos hoy, de nuestra mente, no están aún cerrados y tendremos que contar con las tensiones que estas posiciones nos generan en nuestro propio trabajo. Una buena muestra de que estamos aún en el corazón de la polémica es la reciente convocatoria del seminario “*Biology, Brain Theory and History: What, if anything, can historians learn from biology?*” dentro del ciclo de charlas “*Conversations and Disputations*”, buen exponente de que este tipo de planteamientos que apuestan por zafarse de las dicotomías van a marcar la agenda de la investigación. Los proponentes de este debate lo plantean muy certeramente:

The ‘turn to affect’ in the social sciences has increasingly involved the incorporation of insights from biology and the neurosciences in its analysis of human behaviour. What significance does the return to biology have for historians? Does the ‘turn to affect’ represent a return to biological essentialism and the abandonment of theories of social constructionism? Should biology be viewed as just another discourse? Or has a false dichotomy been posed between the biological and the social⁴.

El biologicismo radical puede ser un riesgo cuyas consecuencias son bien conocidas históricamente, especialmente para las mujeres, pero algunas cuestiones de las que advierte Reddy (1997), sobre los riesgos del constructivismo radical, creo que merece la pena también seguir teniendo presentes. Por una parte, es arriesgado creer en que el mero *performance* o actuación produce una determinada emoción, una afirmación que, creo, coincidimos

4. Véase la web <http://www.bbk.ac.uk/history/news/biology-brain-theory-and-history-11th-november-2011>

en pensar que es contra-intuitiva. Por otra, puede ser de interés pensar en las emociones no como un simple informe de lo que nos está ocurriendo sino, más bien, como el esfuerzo de quien habla para ofrecer una interpretación de algo que no es observable para ningún otro actor. Este esfuerzo sería esencial para la vida social, como una faceta de nuestra identidad, de nuestras relaciones y de nuestros proyectos. Además, la expresión de las emociones dentro del marco de las convenciones socioculturales (régimenes o lógicas que comentará más adelante) podrían, a su vez, repercutir en lo que sentimos modificándolo en algún sentido. Por último, creo que Reddy nos ayuda a pensar que hay componentes corporales en las emociones que deben de ser explicados pero que quizá no sólo deba ser la ciencia tradicional la única que proporcione explicaciones materiales o corporales. Es decir, que ante la carencia de un modelo consensuado sobre el significado de las emociones, también habrá que estar alertas en no recaer acríticamente en los modelos que proponen ciertos saberes y no adoptar una cierta psicologización de la historia o psico-historia que contó con cierto desarrollo entre 1976 y 1999 a través de la revista *The Psycho history review*. Quizá se trate de construir un modelo explicativo propio que aporte ideas creativas para nuestra comprensión afectiva.

Asumiendo que nuestro trabajo transcurrirá en las aguas turbulentas de la polémica —aunque debería alejarse de las aguas turbias de la ceguera sobre nuestras asunciones—, lo que sí parece evidente es que las formulaciones estrictamente constructivistas han ido transformándose y los nuevos enfoques parecen dar otra vuelta de tuerca a la concepción de los sentimientos desde las ciencias humanas. Precisamente, como una muestra de cómo incorporar el cuerpo en la comprensión de las emociones sin recurrir a la ciencia, algunas aportaciones recientes desde los *Affect Studies* pueden ser útiles. Incluso, desde este campo, se llega a plantear que quizá los afectos pueden quedar fuera del discurso (LABANYI, 2010) y serían algo así como lo “real-material-incorpóreo” (MASSUMI, 2002), que siempre actúa (como la energía a la materia, no la vemos pero sentimos sus efectos). Resulta sugerente esta propuesta y no parece difícil ver que indagar los “efectos” de los sentimientos, puede incluso ser más fácil de abordar históricamente que los sentimientos mismos como experiencia. Pero, esta aportación desde los *Affect Studies* también tiene otra consecuencia y es que, en cierta medida, vistos así, los sentimientos podrían escapar del poder y de las biopolíticas. Es decir que nos obliga a desplazarnos (o complementar) un marco referencial que durante años ha puesto el énfasis en analizar las maneras en las que el poder, a través de instituciones y régimenes de saber, ha configurado a los sujetos. Esta línea de vanguardia de la indagación post-discursiva es sugerente, pero reciente e inspirada por cuestiones que, quizá, a quienes hacemos historia no nos resulta tan familiar problematizar, incluso de ima-

ginar, como temáticas de análisis. Aunque lo que sí parece entreverse es que al salirnos de las dualidades fundacionales (mente/cuerpo, sentir/pensar) nuestra agenda cambiará. Por ejemplo, podemos preocuparnos por prácticas e interacciones humanas-culturales-materiales-corporales como formas de expresión de las emociones más allá de las individualidades. También podemos incluir en nuestros análisis el papel del movimiento corporal en la cultura emocional. Por ejemplo, sería interesante indagar en los bailes como fórmulas más o menos codificadas de expresión emocional e interacción o incluso de modelación de las emociones mismas. Dos ejemplos de diferente procedencia pueden clarificar algo lo que vislumbro y cómo pueden dar de sí este tipo de indagaciones. Una procede del reciente documental sobre la bailarina Pina Bauss (Wim Wenders, 2011) que presenta cómo las transformaciones y progreso en la danza de algunos bailarines de su compañía, respondieron a desarrollos de sus potencialidades corporales propiciadas a través de sugerencias que hizo la coreógrafa usando referencias a rasgos personales de la subjetividad y afectividad de los bailarines, vulnerabilidad, falta de amor, etc., generando un camino de autoconocimiento que transformó el proyecto cultural de su danza. Alina Danet a quien he dirigido recientemente en un trabajo de máster está explorando las emociones que vinculan las personas, corporal y subjetivamente, a sus órganos internos y qué significan esos vínculos con su idea de integridad y otros aspectos de su vida, así como si estos sentimientos generados en torno a las partes del cuerpo están relacionados o “normalizados” por un discurso social nacional más amplio.

Es difícil conocer la instalación de estas corrientes teóricas que vengo mencionando (*Affect/Emotions*) en nuestro propio territorio académico pues ni hay un campo delimitado como *Affect Studies* ni tenemos la tendencia a denominar como “studies” las líneas individuales de trabajo. Tampoco nuestro idioma encuentra tanto confort en la palabra “afecto” cuyo significado asimila el diccionario de la RAE al de pasiones (RAE: “Cada una de las pasiones del ánimo, como la ira, el amor, el odio, etc., y especialmente el amor o el cariño”). Yo propondría, como sugerencia para afrontar estos dilemas terminológicos (que también son de adscripción a escuelas historiográficas o enfoques teóricos en la investigación), actuar con sensatez histórica. Es decir, poner un exquisito cuidado en analizar los términos usados en nuestras fuentes escritas, sin convertirlos en fragmentos conocidos de nuestros propios territorios sentimentales. Creo que es en la traducción demasiado familiar, es decir en el presentismo de nuestros cómodos “lugares comunes” emocionales, en donde podemos encontrar el principal escollo para localizar diversidad emocional en el pasado que nos sirva, también, como veremos más adelante, de “yacimiento de saber” para nuestros dilemas presentes, y herramienta reveladora de la variedad existente

de ideologías, sistemas y comunidades de relaciones emocionales. En este sentido es importante destacar que no sólo de la teoría, también del pasado, se pueden rescatar visiones no duales de nuestros sentimientos antes de que las “pasiones” fueran transformándose en “emociones” entre los siglos XVI y XVII (DIXON, 2003). Como historiadoras, nuestro trabajo sobre el pasado puede desalojarnos de nuestros propios lugares naturalizados —y hasta cierto punto confortables—, siempre que seamos conscientes de la base interpretativa en la que nos situamos.

2.—La dimensión espacial de las emociones y la historia de la subjetividad

La historia de la ciencia de las emociones muestra con claridad la profunda raigambre cultural de las ideas nacidas en los laboratorios. Estas ciencias no se construyeron al margen de otros discursos sociales, de manera que la dicotomía mente/cuerpo fue la fuente de inspiración para la indagación que mantuvo a la ciencia profundamente ocupada y que cristalizó en las tesis fisiológicas de James-Lange de 1884 (ROF CARBALLO, 1950). Me refiero a la indagación sobre si las emociones eran producidas por fenómenos físicos que impactaban en el soma o si el cuerpo producía experiencias que debían ser aprehendidas por la psique. Esta pregunta que dio pie a una gran cantidad de investigaciones nos lleva a otra cuestión importante sobre la dimensión espacial de las emociones en relación al cuerpo ¿Cómo sentimos las emociones? ¿De dentro a fuera o de fuera a dentro? Y, sobre todo, ¿Cómo nos afecta en nuestra agenda y tarea histórica el tomar conciencia de esta dimensión espacial de nuestros sentimientos? La preocupación por la dirección (y espacialidad) emocional y su papel en la construcción de una idea de lo interior y lo exterior en los sujetos, no ha sido sólo de interés para los laboratorios científicos. Si miramos con atención, observamos que la idea de sentir internamente (desde dentro) implica la aceptación de una idea muy profunda de subjetividad. Es decir que la concepción direccional de las emociones está vinculada a la idea históricamente construida de subjetividad. Como muy claramente ha insistido Gergen (1992) en *El yo saturado*, podríamos decir que esa percepción de que los humanos poseemos un yo profundo e interno que nos hace sentir, es una idea romántica que surge con la modernidad, que contribuyó a consolidar la individualidad y a la que auxilió de forma decisiva la teoría freudiana. En este mismo sentido se ha pronunciado la teoría post-estructuralista al vincular la producción (y consumo) de subjetividad con el capitalismo y sus diversas técnicas de modelización. Desde esta perspectiva, los elementos constitutivos de subjetividad podrían desgranarse en inconscientes, corporales, procedentes de nuestros grupos primarios, procedentes de los

sistemas de poder como el género (infantilización, culpabilización, etc.), y producidos por el capitalismo a través de los medios de consumo de masas. Para estos autores post-estructuralistas, interesados por el papel del saber en los mecanismos de sujeción o dominación, el poder no sería algo monolítico, lo que les permite formular las resistencias como reappropriaciones “singulares” de los modelos de subjetividad propuestos. Es decir, frente al poder, es posible indagar las fórmulas de subjetividad desobedientes o las “revoluciones moleculares” desplegadas en varios niveles sincrónicos de desarrollo: infrapersonales (sueño, creación), personales (auto-dominación) e interpersonales (nuevas fórmulas de sociabilidad, vida amorosa, doméstica o profesional). Creo que esta somera descripción post-estructuralista contiene numerosos guías para desarrollar una estrategia de análisis histórico de las subjetividades disidentes en el campo de las emociones (GUATTARI y ROLNIK, 2005, 40-69).

En términos generales, si queremos contribuir a una historia de las emociones tendremos que ser conscientes de que entramos a historizar la subjetividad y que esta idea o categoría es en sí misma un espacio de debate contemporáneo que queda atravesada por dilemas similares a los que afrontaremos al estudiar las emociones: desde su materialidad a la concepción de resistencia. Como plantean en su editorial de arranque de la recién creada revista *Subjectivity*, el panorama de ideas que nos permiten conceptualizar la subjetividad puede ir en dos sentidos. Por un lado, las críticas, en la estela de Foucault, al gobierno a través de lo subjetivo (ROSE, 1999) aunque, desde esta perspectiva, parece difícil ver un espacio para la resistencia pues los sujetos parecen ser un epifenómeno del poder. Por otro lado, los modelos más deleuzianos que rompen con la visión de lo subjetivo como una estructura fija e inherente y parten de una idea más fluida de subjetividad que cuestiona la división entre lo interno y lo externo. Desde esta posición, el feminismo ha hecho aportaciones para conceptualizar mejor la resistencia. En este sentido, Judith Butler (2001) en su crítica a Foucault y Freud, plantea la resistencia subjetiva como un procedimiento de reappropriación, es decir que aun asumiendo que el sujeto nace de la dominación, sería posible interpelar las condiciones de su constitución y resignificar el poder mismo. También Braidotti (2006), señala que aunque el dibujo del sujeto puede estar hecho bajo la dirección que marca el poder, eso no quiere decir que los sujetos seamos solo puras internalizaciones de la norma.

Al poner en marcha nuestra investigación sobre las emociones, conviene, por tanto, tener presente la idea específica del “yo” con la que estamos operando en occidente. Si no queremos caer en visiones naturalizadas que defienden a las emociones como pre-culturales, estados internos o basados en la estructura psico-biológica orgánica o corporal de los individuos, conviene historiar la subjetividad, es decir analizar con qué mecanismos se viene

consolidando una determinada concepción de la misma y qué consecuencias sociales, culturales y de género tiene para el contexto que estudiamos. Por su grado de naturalización en nuestra cultura, no resulta difícil vernos atrapadas en una idea contemporánea —en apariencia hegemónica— de subjetividad cuando desplegamos nuestros propios relatos históricos. Es una percepción demasiado íntima como para podernos despegar con facilidad de ella e imaginar otras posibilidades.

Merece la pena dedicar algo de atención a la configuración histórica de la idea del inconsciente freudiano pues es uno de esos productos culturales que vivimos como “naturales”, sobre todo en occidente, y una sólida pieza en nuestra concepción de la subjetividad, aunque la ciencia contemporánea tienda de nuevo a materializar la subjetividad e identificar el cerebro —en lugar de la mente o la psique— con la persona. Me gusta especialmente cómo ha expresado Carolyn Steedman (1995) el carácter histórico del inconsciente. A pesar de que hace apenas un siglo el inconsciente no existía como fórmula de auto-explicación, en la actualidad constituye una “gran narrativa”, casi tan incuestionable para nuestra auto-comprensión como puedan ser otros conceptos como los instintos o la digestión. Steedman ha analizado el inconsciente como una conceptualización histórica de la transición del siglo XIX al XX, que trazó un vínculo entre lo individual y lo colectivo, de manera que, como la propia autora titula en su libro, el inconsciente fue formulado como una especie de “mundo vuelto hacia el interior”. Freud habría utilizado en su elaboración, ideas de la teoría evolutiva sobre el cambio, la extinción, el desarrollo, el tiempo y la muerte, además de otras procedentes de la teoría celular que tomaban la célula como una especie de metáfora de la mente. Incluso, quedó incorporada en el inconsciente una idea de la infancia como epítome del desarrollo filogenético y ontológico general, además de encapsular una peculiar forma de formular el tiempo.

La convergencia de ideas científicas variadas en la configuración histórica del inconsciente sin duda fue esencial para su aceptación social y consolidó su aparente coherencia explicativa. Pero otros factores menos internalistas también contribuyeron al “éxito” de la idea y su aceptación social, como lugar originario de los sentimientos, interno y verdadero, pues su emergencia hay que situarla también en los grandes cambios urbanos de finales del XIX y, muy particularmente, de la Viena fin de siglo (SCHORSKE, 1981). El concepto nace en una sociedad que estaba transformando su modelo social jerárquico en otro “moderno” con gran desarrollo de una inquieta burguesía urbana, ansiosa frente a los nuevos cambios científico-técnicos, sociales, urbanos, artísticos o emocionales y con gran interés en desarrollar su individualidad y donde la sexualidad fue realzada como motor de la historia.

El inconsciente, como núcleo de nuestros sentimientos y nuestra subjetividad, que planteó Freud surgió también en el contexto de un nuevo

régimen de visibilización que encontraba en las ciencias médicas una fuente de inspiración y de revalidación “objetiva”. Lo interno se hacía visible con el microscopio y la autopsia, y los artistas de la época, impregnados de ese ambiente científico, muestran el interior de la subjetividad humana y lo exponen al público, en paralelo a cómo los médicos buscan la “verdad” lesional y corporalmente interna sobre la enfermedad. No resulta extraño que, en este contexto, Freud ideara la teoría del inconsciente que trata de explicar la “verdad” interna del ser humano, sus “verdaderas” emociones. La cultura, con diversas expresiones, se arremolinó alrededor de la idea de “lo interno” como asiento de una verdad que había que desvelar y al que diversas artes proporcionaron soluciones visuales contribuyendo a consolidar formas específicas de solventar los retos y preocupaciones de la época. El retrato pictórico psicológico de la “mente interna” de hombres y, especialmente, mujeres de la época, sustituyó a la fórmula del retrato complaciente y psicológicamente plano en menos de 25 años. En el diseño de mobiliario, trabajos como los de Otto Wagner combinaban con lógica consistente la estructura interna del mueble con la decoración externa⁵. Novelas como *Viaje al pasado* de Stefan Zweig abordaban también la profundidad psicológica humana con personajes complejos y mostraron a las audiencias lectoras todas las sutilezas del mundo “interno” humano. En la música, Arnold Schoenberg componía considerándola un producto de la psique y, mientras tanto, la ropa de las mujeres se liberaba de los restrictivos corsés aunque las teorías médicas sobre su sensibilidad nerviosa, la histeria o sus complejos constitutivos las encerrara en otros misóginos corsés emocionales, quizá aún más temibles.

El inconsciente de la teoría freudiana se fraguó también con nociones procedentes de la teoría de la historia de finales del XIX y sus correlatos de crecimiento, tiempo y muerte. De manera que la idea psicoanalítica de “sujeto” —con la que nos pensamos en el mundo contemporáneo y escribimos nuestros relatos históricos— se fue formulando como la historia de un pasado inaccesible y traumático en la vida de las personas y, en esencia, vinculado al amor y la sexualidad. Por tanto el “éxito” e impregnación social del inconsciente en occidente como la fuente de nuestras emociones y la sustancia específica de nuestra subjetividad, tuvo lugar —según lo que conocemos hasta la fecha—, no sólo por su conveniencia en la época sino porque pudo sostenerse sobre una trama de saberes que confirmaban su

5. Es ilustrativa, a este respecto, una reciente exposición de la Neue Galerie de Nueva York (<http://www.neuegalerie.org/exhibitions/vienna-1900>) que expande, desde una perspectiva de género, el análisis de Schorske (1981) sobre la emergencia del concepto de inconsciente elaborado por Sigmund Freud en el complejo contexto cultural de la Viena fin de siglo.

coherencia pues estaban configurados con una amalgama de las preocupaciones sociales de la época.

Lo que aún no se ha revisado suficientemente, y tiene interés para nuestra comprensión del mundo emocional, es la influencia del colonialismo en la teoría freudiana, aunque el propio espacio doméstico de Freud en Viena, hoy convertido en museo, estuviera cargado de objetos procedentes de colonias africanas. Sobre todo en su obra *Tótem y Tabú*, de 1913, Freud formuló el paralelismo entre el primitivismo de los pueblos indígenas “poco civilizados” y las actitudes emocionales infantiles o neuróticas. Estas ideas coloniales, moneda corriente en su época, influyeron en su concepción de subjetividad como un ensamblaje de elementos centrales (el inconsciente) cargados de elementos primitivos en términos ontogénicos (desarrollo) o filogenéticos (evolución)⁶. Con estas ideas se iba fraguando una concepción de las emociones como producto de lo más primitivo del ser humano y toda la nube de analogías (lo más incontrolable, lo impredecible, o lo explosivo) que componen, según la medievalista Rosenwein (2002), el tenaz “modelo hidráulico” de las emociones que procede del humoralismo, la teoría médica básica que explicaba la naturaleza humana hasta el siglo XIX, y que el freudismo o las ideas civilizatorias de Norbert Elias (1993) han asentado en diversas disciplinas académicas. Según este modelo hidráulico, la civilización sería el resultado de un progresivo control y represión emocionales que nos harían, en el presente, históricamente “superiores” frente, por ejemplo, al desorden y brutalidad medievales. No se trata, por tanto, de un modelo periclitado pues el control personal como signo de madurez y estándar de normalidad emocional es, como sabemos, moneda corriente en nuestra cultura aunque formulado y contextualizado de maneras diversas. Hasta el punto de que no es extraño encontrar en nuestro mundo a personas que consideran lo emocional como material desechable, habiendo interiorizado rígidos modelos de género.

Muy particularmente, el psicoanálisis contribuyó a la construcción de la diferencia sexual poniendo el énfasis en los aspectos negativos de las emociones (MUSIC, 2001, 60-62). La figura de “la histérica” y de forma general la idea de feminidad en Freud estuvo embebida en las ideas misóginas e inferiorizantes de su época y, en cierta forma, el *leit-motif* de algunos aspectos de su teoría fue al activismo político del movimiento sufragista que estaba reclamando el derecho a la igualdad (GARCÍA DAUDER, 2003).

6. Es cierto que Jacqueline Rose (1999) ha sugerido otra manera más “productiva” de pensar en este aspecto colonial de la obra de Freud, pues la mente primitiva (como la infantil o la neurótica) también podría representar maneras diversas de acceder a diversos estratos de la mente.

Como recoge Nora Levinton (2000b, 50) no fueron escasos los testimonios en este sentido en la obra de Freud, como en la afirmación sostenida en *Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia sexual anatómica* (1925), “No nos dejemos apartar de estas conclusiones por las réplicas de los feministas de ambos sexos, afanosos de imponernos la equiparación y equivalencia absoluta de los dos sexos”.

El componente normativo de la “buena madre” difundido a través de las interpretaciones que se hicieron de la teoría freudiana es otro buen ejemplo de cómo la psicología es otra ciencia que debe ponerse bajo escrutinio como constructora de la diferencia sexual basada en nuestros afectos. Con posterioridad a Freud, la teoría del “vínculo materno” (*attachment theory*) ha venido marcando la construcción de la “feminidad” hasta que la crítica feminista ha rebatido su pretensión de “normalizar” la figura de la-madre, fijándola en un ideal amoroso que, si las mujeres no llevaban a cabo con estricta observancia, parecían marcar negativamente al niño y a toda su vida afectiva futura. En occidente, dos tipos de discursos científicos, el de la etología y el psicoanálisis, se apoyaron mutuamente para dar una base científica a la fórmula de “la-mujer-madre-y-esposa”, como única manera de alcanzar la “auténtica feminidad” a través de una dedicación exclusiva, especializada y amorosa, al bienestar de la descendencia (y el esposo). A pesar de los planteamientos de Bion, publicados en 1962, sobre la importancia no tanto de una “buena madre” sino de disponer en la infancia de relaciones afectivas que suministren herramientas para poder procesar, comprender y regular los sentimientos, con argumentos psicológicos se siguió reforzando la responsabilidad exclusiva de la madre en la estabilidad emocional de los infantes. Aún están muy extendidas culturalmente las ideas culposas con la maternidad o que equiparan maternidad con feminidad y faltan aún por desentrañar algunos de los mecanismos históricos que las han ido consolidando en diferentes contextos⁷. En este sentido nuestra agenda feminista de investigación puede orientarse a buscar, en el pasado, los procesos de incorporación de estas ideas psicológicas, sus efectos y apropiaciones populares o su normalización dentro de los patrones patriarcales de la feminidad. Desde luego, como indicaré más adelante, también puede ser de gran utilidad explorar las psicologías “nativas”, es decir los saberes culturales que ayudan a la auto-comprensión de los sentimientos en las relaciones materno-filiales

7. Una revisión feminista de la maternidad puede leerse en Franzblau (2002), desde la antropología y la historia en nuestro contexto, pueden leerse, respectivamente, Esteban Galarza (2000) y Franco Rubio (2010). Una revisión crítica, desde el psicoanálisis, sobre las ideas de subjetividad pueden leerse en Levinton (2000). La mención a BION (1962) aparece en la excelente y sintética contribución de Music (2001) editada en la compilación de teorías psicoanalíticas, *Ideas in psychoanalysis*.

sin estar imbuidos de los saberes considerados como “expertos”. En este sentido, es importante destacar, como en un proyecto reciente indagamos, que en gran medida el devenir mujer normativo está íntimamente ligado a las maneras en las que se constituye la subjetividad (y la identidad) apesentadas sobre formas muy concretas de conceptualizar el amor romántico cuestión que habrá que tener presente, como ha advertido Mari Luz Esteban (2011), si queremos consolidar otros devenires menos obedientes a los dictados normativos, aunque, como muestra su trabajo etnográfico, las desobediencias creativas al modelo de la heteronormatividad amorosa (no estrictamente vinculadas a la orientación sexual) están presentes en las vidas de muchas mujeres. Desde la historia, como fruto de ese mismo proyecto, he tratado también de mostrar cómo, incluso en los momentos represivos de la dictadura franquista, muchas mujeres generaron tácticas cotidianas de resistencia al modelo de afectividad que buscaba asentar ciertas taxonomías de la feminidad (MEDINA DOMÉNECH, 2012).

Me gustaría retomar el hilo de la dimensión espacial de las emociones con las que nos adentrábamos en los orígenes históricos del inconsciente, para rescatar cómo la propia ciencia también ha formulado otra noción contraria a la interioridad que planteó el concepto psicoanalítico de “inconsciente”. Me refiero a la idea de que las emociones se producen en un movimiento de fuera (medio) a dentro (sujeto o subjetividad). Tal y como ha sido formulada, quizá simultáneamente, desde las ciencias y la cultura esta noción de fuera a dentro ha producido históricamente efectos muy anquilosantes pues sugiere que las emociones actúan dejando al sujeto indefenso y sometido a la arbitraria tempestad emocional como si esta fórmula tempestuosa fuera un destino humano inevitable. Diversas teorías científicas han consolidado históricamente la versión de las emociones como acontecimientos que nos ocurren de manera inevitable. En relación al amor esta formulación se hizo particularmente evidente, en el contexto de las ciencias de la degeneración y la preocupación poblacional, que atravesó la sociedad occidental en la transición del XIX al XX. Un híbrido de teorías psicogenéticas que se concretó en el llamado *Test de personalidad de Szondi* —se aplicó en las consultas psiquiátricas hasta la década de los setenta, al menos en nuestro país—, sirvió para darle objetividad a la ideología de la complementariedad amorosa en la pareja heterosexual. Según estas teorías, el homotropismo de nuestros genes sería la base explicativa de nuestras elecciones afectivas de manera que una “memoria génica” marcaría nuestro destino emocional y en particular la elección de la pareja. Estas teorías fueron particularmente dirigidas a las mujeres. En nuestro país, un libro publicado en 1946 y reeditado hasta 1965, por Vallejo Nájera (1946), uno de los psiquiatras del régimen franquista, reclamaba una formación eugenésica de las mujeres para que la elección del marido fuera obediente a esa llamada externa que

marcaban los genes, para la obtención de la mejor progenie. Estas teorías psico-genéticas encajaban con las políticas poblacionales de postguerra tanto como en el marco cultural del amor romántico y tuvieron luego continuidad con el debate sobre “los instintos” como base de la vida emocional. Estas teorías instintivas insistían en la base animal evolutiva de los seres humanos que definía el amor como un instinto inevitable que, inscrito en la biología, nos permitiría encontrar a la “media naranja” aunque en el caso de las mujeres el instinto también justificaba la obediencia y el sometimiento al proyecto y vida de la otra mitad. Estas versiones instintivas de las emociones han sido de nuevo recuperadas desde la sociobiología con argumentos evolutivos, hormonales e incluso neuro-cerebrales y tienen el riesgo de solidificar la creencia cultural en las emociones como procesos externos e inevitables que nos suceden y sacuden haciéndonos perder toda voluntad o agencia porque nuestro destino evolutivo así lo marca. Como es habitual, en las relaciones entre ciencia y sociedad el biologicismo radical actúa sellando toda complejidad y eliminando, en nombre de la biología, cualquier posibilidad de agencia⁸.

3.—La diversidad emocional vista desde la historia

Una vez analizados algunos de los componentes históricos normativos con los que entendemos nuestras emociones y subjetividad cabría preguntarse si es posible desde la historia rescatar otra diversidad emocional frente a las versiones muy persistentes en defensa del modelo del progreso histórico hacia el control emocional interno (modelo hidráulico) y las teorías emocionales del dentro-fuera/fuera-dentro.

Nuestra inmersión en la postmodernidad proporciona un escenario diferente para la comprensión de esta polémica pues desde diversos campos de análisis contemporáneo se defiende que nuestras subjetividades se constituyen de una manera relacional. Según esta concepción “relacional”, no existe una forma definida, delimitada o dada de “sujeto” que se relaciona con la parte interna de otra entidad igualmente nítida “sujeto” a través de unas emociones que surgen de un lugar interno en cada persona. Por tanto, en este modelo relacional, las emociones no serían un destino externo que nos marca de forma inevitable. Más bien se plantea que las subjetividades aparecen como “efecto” de las relaciones emocionales mutuas. Algo así como

8. Quizá quienes sigan los programas de Eduardo Punset recordaréis a la sociobióloga Helen Fisher que ha sido traducida a numerosos idiomas con su defensa de una visión naturalizada y biologicista radical de las emociones.

si en el intersticio o en la zona de contacto que generan nuestras emociones se produjera el espacio para la emergencia de la subjetividad. De esa manera, a través de la interfaz de las mutuas emociones nos identificaríamos, no como sujetos permanentes, sino como seres más o menos variables, en evolución y para quienes la concreción específica de la sensación de “ser”, del sí mismo o misma, dependería de las relaciones intersubjetivas establecidas en la matriz que proporciona el contexto de la época. Creo que esta es, precisamente, una percepción humana común y que encontraremos en nuestros sujetos históricos contemporáneos, aunque sólo recientemente se venga planteando desde un plano teórico. La idea de que la inter-subjetividad construye la subjetividad al sentir en el “entre-dos” (o entre varias) se viene formulando por disciplinas diversas. Sin ánimo de exhaustividad, a mi gustaría rescatar aquí los trabajos de Carol Gilligan (1985, 2002) por su influencia en el feminismo desde la psicología social. Más recientemente también la teórica cultural Sarah Ahmed en su *The cultural politics of emotions* (2004) ha insistido en cuestionar la naturalización de una subjetividad alojada en el interior, como una especie de “anatomía fantasmática” —en palabras de Teresa de Lauretis (2008)— o núcleo del individuo separado y aislable. Otras formulaciones teóricas que han cuestionado ese “sujeto-individuo” definido por la modernidad, pueden encontrarse en el sujeto abyecto de Kristeva o el performativo de Butler. Estas autoras, en la estela de Foucault, plantean más bien que la subjetividad es un proceso de creativa y constante creación (MANSFIELD, 2000).

No existe un modelo único estabilizado para romper con la idea de una subjetividad “sólida”, inherente y cohesionada de la que emanan nuestras peculiares emociones individuales, pero hay intentos por las ciencias sociales y humanas de contribuir con sus modelos a proponer formas de explicar las emociones que no impliquen una idea del sujeto como un objeto sólido con sus características concomitantes de rígida consistencia, autonomía, racionalidad y coherencia. Como ejemplo, parece atractiva la propuesta de Julian Henriques (2010, 83) al proponer, desde los *Affect Studies*, un modelo no logocéntrico de las emociones al que denomina “vibratorio”. Tratando de objetivar el saber de la cultura popular en los salones de baile, Henriques propone que las emociones o mejor los afectos (*affects*) se entienden mejor como procesos vibratorios que “escapan la prisión del lenguaje”. También en nuestra lengua tenemos el término “buenas/malas vibraciones” para explicar, como percepción basada en el movimiento, sensaciones emocionales respecto a personas o instituciones. Henriques indica que el significado del afecto concierne a la práctica, a las rutinas performativas, las rutas habituales que no requieren un esquema o mapa cognitivo u otro tipo de imágenes (“The meaning of affect concerns practice, performance routines, habitual routes, which do not require schema, cognitive maps or any other images”), con

lo que enfatiza la corporeidad de las emociones escapando tanto a la idea representacional o constructivista de las emociones como al biologicismo radical. En nuestro contexto, destaca el reciente trabajo de la antropóloga feminista Mari Luz Esteban (2011) quien ha ensayado, a partir de su etnografía, un modelo explicativo más corporeizado que representacional del amor. Se trata de excavaciones, de procesos de búsqueda para conceptualizar aquello con lo que convivimos diariamente. No resulta difícil ver la fuerza inspiradora de estas nuevas ideas la hora de conceptualizar nuestro objeto de estudio y tratar de ir más allá de las preguntas tradicionales que asumen la solidez del sujeto y, también, ser capaces de detectar la diversidad emocional trascendiendo de nuestro propios modelos constituyentes y naturalizados del presente.

En definitiva nuestra idea de subjetividad será un marcador esencial de las preguntas históricas potenciales que podamos hacernos sobre las emociones, conviene por tanto no dar por asumida esta idea y no conformarnos con la estrecha visión de lo subjetivo —y en sentido amplio de lo psicológico— que las ciencias psicológicas han proporcionado (DANZINGER, 1990). Versiones críticas inspiradoras de nuestros relatos pueden obtenerse del propio campo de la psicología social crítica (PARKER, 2010), de la Psicología feminista, y de planteamientos interdisciplinares de revistas como la recientemente creada *Subjectivity* que nace con vocación de promover el debate transversal en las ciencias humanas y pretende avanzar en la producción de un discurso sobre la subjetividad que rompa con las dicotomías y en el que las humanidades puedan contribuir de manera creativa (BLACKMAN *et al*, 2008).

Aquí una agenda histórica inspirada por las aportaciones del feminismo tiene aún mucho que aportar, no sólo desgranando los mecanismos con los que la psicología ha generado horizontes normativos para pensar el género y ha tratado de estrechar las maneras de conceptualizar la subjetividad y las emociones. También parece importante descubrir en nuestro rastreo del pasado, percepciones de subjetividades posibles que no sólo sientan lo que el poder les ha permitido, sino que sea capaz de generar rebeldías. Ideas como las de Rosi Braidotti son sugerentes desde el punto de vista histórico pues plantea la necesidad de conocer cómo se entretajan las hebras contradictorias y diversas de la subjetividad para que la percibamos como una entidad en apariencia única, una “ficción del yo”, auto-contenida e inherente, casi congénita, podríamos decir. Esta idea puede darnos también una base para entender la resistencia más allá de un acto puramente volitivo como provendría del sujeto (hombre) de la tradición humanista occidental y tratar así de proponer en positivo una respuesta a la pregunta feminista de cómo podemos desmontar una subjetividad que históricamente no hemos tenido todavía el derecho a alcanzar. Para Braidotti (2006, 30 y 38) la subjetividad así entendida ensambla el poder y las respuestas al mismo a través de la

ficción gramatical del “yo”, en la aparente unidad del yo sustentado en la voluntad de saber, decir, de hablar, en el deseo de ser protegiéndonos de una disolución psicótica al sujeto. No resulta complicado comprender, en el marco de esta idea de subjetividad, muchas de las tácticas de resistencia de la historia de las mujeres.

4.—*La dimensión colectiva de las emociones en las preguntas sobre el poder, la resistencia y el cambio*

En este punto —quizá *líquido* que diría Bauman (2003), al filo de la disolución del yo—, podemos dar un giro y tratar de romper con nuestra visión presente sobre las emociones que parece arrastrarnos al mundo interior, personal y subjetivo, y tratar de pensar sobre esta cuestión desde su lado comunitario ¿Son las emociones, también, productos colectivos que van más allá incluso de la relación intersubjetiva? Esta dimensión colectiva ha sido explorada por la antropología. Merece la pena destacar especialmente, por su sensibilidad de género, los trabajos de Lila Abu-Lughod (1986) sobre las canciones y poemas de las mujeres beduinas con las que expresan, en la intimidad, sus lados más vulnerables y, cuando hablan en público, reafirman su autonomía y honor. Desde la historia quizá haya sido especialmente estudiada esta dimensión colectiva en relación al miedo, un sentimiento cuya colectivización no es difícil de vincular a la violencia extrema directa de la guerra o el terrorismo, y a cuyo análisis están contribuyendo, por ejemplo, los estudios sobre el trauma y la memoria histórica y las formas políticas de inoculación del miedo en el franquismo⁹. En otras situaciones menos violentas, en apariencia, el miedo puede jugar un papel esencial en la toma de decisiones individuales o, incluso, en la parálisis e inacción en situaciones de sometimiento, así que conocer los mecanismos que lo generan o mantienen parece una contribución esencial para la historia del cambio social. Es probable, también, que una revalorización de la dimensión colectiva de las emociones en la historia arroje nueva luz sobre temas históricos tradicionales, como las plagas epidémicas, las religiones o la base emocional de las teorías sobre la degeneración racial, que los historiadores hemos analizado quizá con cierta ceguera frente a los componentes emocionales que los generaban.

9. Sobre el miedo en el franquismo pueden leerse las obras de Cazorla Sánchez (2010), Eslava Galán (2008), Gómez Bravo (2011), González Duro (2003). Sobre el miedo como historia cultural es ya un trabajo clásico el de Bourke (2006). En relación al miedo colectivo y otras emociones, como la esperanza o la humillación, en el escenario mundial contemporáneo tras el 11 de septiembre, es de interés el provocativo texto de Dominique Moïss (2009).

Arlette Farge afirmaba recientemente en una entrevista que la interiorización histórica progresiva de las emociones les había restado papel político (DUPART y MILLET, 2008). No sé si comparto esta visión pues me parece indudable que en el terreno de la exploración de los nacionalismos el tejido emocional requiere un delicado bordado que está aún por estudiar. No debemos olvidar en este sentido “la alegría” un sentimiento que no es exactamente la felicidad y que los fascismos particularmente trataron de forzar en sus idearios¹⁰. Esta “alegría” es de raíz y función histórica bien distinta de la cohesividad que genera lo “cool” en la cultura norteamericana (STEARNS, 1994), y de la propia “felicidad” como fórmula de normalización heterosocial tal y como denuncia Ahmed (2010). Incluso podemos plantearnos analizar el valor cultural de expresiones emocionales que, como la “vergüenza ajena”, engranan lo personal y lo colectivo y que con frecuencia usamos sin ser plenamente conscientes de su importancia cultural y de sus implicaciones de género. Para no dejarnos atrapar por nuestras propias concepciones sobre las emociones como energías sólo productivas o positivas, quizá conviene recordar que, en la tarea histórica, no sólo interesa abordar su función como motores y analizar los aspectos que impulsan o generan sino, también, como la propia Arlette Farge (1996) sugiere lo que apaga o hace decrecer. Aunque esta historiadora francesa ha declarado “Hoy nuestros miedos están muy domesticados”, creo que hay que revisar esta idea civilizatoria de domesticación política de lo emocional y explorar en profundidad el papel de las emociones en la acción política.

En este sentido, puede ser de interés pensar en la importancia de la apropiación de ciertos sentimientos como signos de identidad colectiva pero, a la vez, de diferencia, un aspecto esencial en la política de muchas culturas urbanas. Esta política de las emociones también se puede ver en el activismo reciente de movimientos políticos del presente, incluido el movimiento 15-M, aunque pensadores pesimistas como Zygmunt Bauman aún añoren la racionalidad de esas emociones colectivas, como única vía para una acción política colectiva eficaz¹¹. Pero si miramos hacia atrás quizá descubramos apropiaciones emocionales similares en movimientos que, como el feminista, se fraguan con emociones compartidas que han permitido organizar un acción

10. Cecile Stehrenberger (2011) está explorando en su tesis (*Franco's Tänzerinnen auf Auslandstournee. Folklore, Nation und Geschlecht im colonial encounter*) las técnicas específicas desplegadas por el régimen de Franco para fomentar este sentimiento de “entusiasta alegría”, a través del despliegue de los “Coros y Danzas” que recorrieron tanto la geografía española como colonial.

11. *El País*, 17-10-2011. “El 15-M es emocional, le falta pensamiento”. http://politica.elpais.com/politica/2011/10/17/actualidad/1318808156_278372.html [Accedido Noviembre 16, 2011].

política colectiva (SCOTT, 2001). En definitiva, también para la historia, es interesante incorporar —como ya señalaba el psicólogo social Eduardo Crespo (1986, 217)—, el estudio de cómo los diversos grupos sociales y personas en interacción “negocian el sentido de sus acciones en términos emocionales”, sea en el espacio doméstico, laboral, ciudadano o íntimo, en contextos más, o menos igualitarios. Incluso quizá podríamos incorporar nociones sociológicas como los “climas emocionales” para comprender la articulación de lo subjetivo en las estructuras laborales (DANET, ROMERA y PRIETO, 2011). En este sentido colectivo, espero haber advertido de las dificultades que podemos tener para afrontar esta línea de trabajo, por la concepción contemporánea tan subjetiva de nuestros sentimientos que nos lleva a entenderlos como procesos individuales. Si nos vamos aún más atrás en el tiempo, la medievalista Rosenwein (2010), ha sugerido una idea sugerente para la exploración de la diversidad afectiva colectiva. Me refiero a la existencia de “comunidades emocionales”, es decir, grupos que comparten valores y expresiones afectivas comunes, y distintas de otros grupos en su mismo contexto histórico. Desde este enfoque de análisis, la historia de las emociones sería parte integrante de otras historias como la social, política o intelectual.

Volvamos a la formulación de nuestras preguntas para retomar una cuestión tradicional para la historia que se entrelaza con la dimensión emocional colectiva ¿De qué lenguajes historiográficos disponemos hasta la fecha para hablar del poder en las emociones y abrazar así otras conversaciones vivas en nuestras agendas historiográficas?¹². Los estudios sobre manuales de etiqueta, por ejemplo, han ido desvelando los estándares emocionales de una época y su habilidad para generar fórmulas de integración incluso entre clases sociales. Spurlock y Magistro (1998) han estudiado cómo en el contexto de la sociedad norteamericana de los años veinte y treinta del siglo XX las normas sociales sobre la expresión emocional permitieron en muchos casos integrar clases sociales sin generar una franca familiaridad, como en las relaciones de servidumbre. El concepto de “emocionología” lo plantearon los Stearns (1985, 824) para distinguir entre los estándares emocionales colectivos de una sociedad y la experiencia emocional individual o de un colectivo específico. El análisis de las lógicas emocionales de una época, para los Stearns, no se plantea como una historia de las ideas, pues se trata de indagar la interacción entre valores y comportamientos y profundizar en el análisis de las personas (o cosas) a las que van dirigidas las variaciones en las expresiones emocionales (por ejemplo, el énfasis, a

12. Una revisión reciente indicando las aportaciones de las escuelas historiográficas tradicionales puede verse en Matt (2011).

partir del siglo XVIII, en la expresión del amor dentro del matrimonio en los varones). Según estos autores, en la mayoría de los casos, las variaciones en los patrones o pautas emocionales, de una sociedad a otra o de un periodo de tiempo a otro, pueden ser mayores que las variaciones en la experiencia emocional (por ejemplo en relación al afecto por los niños). La formulación de los Stearns fue pronto contestada abriendo un debate que aún está generando respuestas. Toews, Stearn y Stearn (1990) ya señalaron que no podemos pensar en el poder como algo externo que actúa sobre un sujeto emocional (o sexual) que queda manipulado o reprimido, dejándolo inánime. Más bien habríamos de escribir historia articulando una idea de sujeto emocional (o sexual) como un determinado resultado de convenciones y normas y de intentos fluidos de transformarlas pues la cultura no es un monolito sino algo poroso. El mismo Reddy (2001), historiador al que vengo mencionando, una década después, quizá ha ido algo más allá de los Stearns al plantear, con términos foucaultianos, la existencia de “regímenes” emocionales que producirían unos límites, pero no sólo opresivos, sino productivos, es decir, actuarían como el biopoder, generando maneras normalizadas de expresión emocional que nos harían inteligibles ante los demás, pues al concordar nuestros comportamientos con la expresividad emocional de una época, de un grupo social o de una comunidad quedaríamos, por así decirlo, traducidos/as ante los demás.

Toda esta cuestión sobre el poder abre otro debate metodológico también vivo en la historia de las emociones y que podría formularse como interrogante. ¿Podemos ir más allá del conocimiento de las normas emocionales de una época? ¿Hasta qué punto tenemos acceso a lo que nuestros sujetos históricos en particular sienten? ¿Cuando analizamos las fórmulas emocionales restrictivas con las que se vive —los regímenes emocionales de cada momento histórico— estamos realmente estudiando lo que se siente subjetivamente? Si analizáramos, por ejemplo, la variación de los rituales funerarios en la plurinacional España, ¿llegaríamos a la conclusión de que sentimos hoy menos las pérdidas de nuestros seres queridos que cuando se hacían funerales con una expresividad tumultuosa y exuberante? ¿Ha producido la aparente inexpresividad o contención emocional civilizatoria algún fenómeno corporal, tal y como la medicina psicosomática plantea?

Parece difícil ir más allá en este momento en el debate sobre la valoración diacrónica —tanto como sincrónica— sobre la intensidad de la experiencia emocional, así que volviendo a la cuestión de la dimensión colectiva de las emociones, parece claro que si es parte de nuestra agenda de investigación, habría que analizar los estándares, negociaciones, esfuerzos y luchas. Pero, también, deberíamos indagar cómo los cambios emocionales propician otros cambios políticos o económicos. No es difícil entender esta cuestión, por ejemplo, si recordamos cómo en nuestra historia reciente cambios emocionales

colectivos, como el rechazo a la violencia o la mentira institucional, han producido vuelcos electorales importantes. Incluso situadas en este lugar es probable que pudiéramos pensar la transición española y su base emocional de represión (en lugar de elaboración del duelo causado por el trauma de la guerra) como un proceso bastante diferente a los relatos a los que tenemos acceso, hasta la fecha, sobre los efectos de este proceso político¹³.

De esta manera el estudio de las emociones colectivas enlaza con la pregunta histórica tradicional sobre el cambio. ¿Qué procesos simbólicos y materiales propician los cambios emocionales de una época y viceversa? Creo que aquí sería importante tanto recuperar la cultura material como fuente de nuestras indagaciones, como flexibilizar nuestra noción de resistencia con otras nociones como la de “táctica” que ha revitalizado la re-lectura de Certeau (2007) y que puede ser de gran utilidad para comprender cómo “sintiendo” se resiste al poder. Oliva López (2010), por ejemplo, ha mostrado cómo las emociones pueden leerse como estrategias de negociación de las mujeres frente a los detractores del feminismo en el Méjico de finales del siglo XIX. En mi trabajo reciente he tratado de mostrar que quizá haya que relativizar el efecto en los patrones afectivos inscritos en los modelos normativos de la-mujer-madre-esposa que generó el franquismo y que se apuntalaban con discursos científico-médicos. Diversas tácticas debatidas en las cartas a los consultorios amorosos, en las novelas de la época o en los escritos de una feminista católica, como María Laffitte, trataban de crear fórmulas de resistencia en el corazón de la dictadura (MEDINA DOMÉNECH, 2012).

Las preguntas sobre las dimensiones espaciales y colectivas de las emociones que he tratado hasta ahora, pueden entenderse como parte de una pregunta quizá aún más general y a la que a pesar de su obvia importancia aún no he hecho referencia. ¿Por qué sentimos las emociones? A dar respuesta a esta pregunta han contribuido diversas teorías científicas que la historia de la ciencia viene estudiando y que conviene conocer pues aún forman parte de debates e ideas con las que nos manejamos en el mundo contemporáneo. La historia de la ciencia al estudiar las emociones ha contribuido por tanto a la historia del cuerpo. Ya hemos hablado del inconsciente y de su formulación contextualizándola en los cambios europeos de finales del XIX. Pero también la cuestión emocional interesó a Charles Darwin (1872) quien sorprendido con las expresiones faciales que las emociones conllevaban formuló, en el marco de la teoría evolutiva, su idea de que las

13. En el reciente monográfico editado por Jo Labanyi (2008) en el *Journal of Spanish Cultural Studies* se abordan algunos aspectos emocionales sobre el proceso de recuperación de la memoria histórica de la guerra civil.

emociones, habían sido adaptaciones para la supervivencia, acercándonos así a nuestro pasado animal como mamíferos.

Sobre la huella de la ciencia en nuestra manera occidental de comprender las emociones, quizá merezca la pena sobre todo destacar cómo la forma que adquirió en los laboratorios el estudio experimental de las emociones, tuvo efectos sobre la manera de conceptualizarlas pues los propios artefactos experimentales que, en apariencia, permitían estudiarlas inducían unas determinadas conceptualizaciones y no otras. En la segunda mitad del siglo XIX, las emociones emergen como objeto de estudio de las ciencias europeas del laboratorio, precisamente cuando la profesión de científico construía su reputación sobre la “objetividad” que proporcionaba la anulación de las emociones (DROR, 1998 y 1999, y WASSMAN, 2005). La llamada “cultura de la sensibilidad” del siglo XVIII caló también en los laboratorios científicos a lo largo del XIX (DROR, 1998 y 1999). La presión de los movimientos anti-viviseccionistas contra el sufrimiento ocasionado a los animales de experimentación, hizo visible, ante los propios científicos, la presencia de reacciones emocionales en los animales alterando los resultados esperados en los experimentos. Hasta la década de 1920, laboratorios de investigación de Europa continental buscaban producir experiencias emocionales y registrar y medir los cambios fisiológicos concomitantes. La posibilidad de trabajar con modelos animales descerebrados que permitieran realizar experimentos sin el “engorro” de lo emocional parece que contribuyó a centrar y encarnar lo emocional en el cerebro hasta el punto de facilitar la puesta en marcha de la neurofisiología. Esta agenda científica ha alcanzado tales proporciones en la ciencia contemporánea que desde finales del siglo XX se habla ya de “neurociencias afectivas” (PEPER y MARKOWITSCH, 2001). El cerebro, por tanto, pasó de ser el centro generador de las emociones a ser el objeto de conocimiento, lo que contribuyó a ir generando una percepción cerebro-céntrica del sujeto.

En un círculo bidireccional de influencias, las teorías científicas producidas no sólo conformaban unas ideas funcionalistas sobre el sujeto, sino que también se construían bajo la influencia de las teorías sociales. Las teorías evolutivas del Sistema Nervioso que elaboró Hughlings Jackson (1835-1911) defendían el sistema nervioso como un sistema eléctrico ordenado jerárquicamente, con un desarrollo en niveles de progresiva complejidad en el que la médula espinal representaría lo más “inferior” y los lóbulos frontales del cerebro lo “superior”, lo más noble en términos evolutivos. Para esta formulación funcional del sistema nervioso, Hughlings Jackson se inspiró en las teorías evolutivas sobre la sociedad desarrolladas por Herbert Spencer (1820-1903) con quien mantuvo una fluida correspondencia (CRITCHLEY y CRITCHLEY, 1998). Al igual que la organización social, el sistema nervioso, dispondría de zonas más evolucionadas y complejas, como

el cerebro, responsable de nuestras emociones frente a otras que, como la médula, representarían una organización más básica y menos evolucionada.

En esta sinergia de ideas lo que es importante destacar es el ensamblaje de explicaciones que iban confluyendo en la cerebrización de la humanidad en lo que se ha denominado la constitución del sujeto cerebral, una perspectiva cerebro-céntrica (“somos nuestro cerebro”, VIDAL, 2010) o incluso —como argumenta Rose (2006)— una visión neuroquímica —asimilable a un funcionamiento como robots orgánicos—, de nuestros sentimientos, emociones y acciones. Este sujeto cerebral contemporáneo que han visualizado artistas como Jan Fabre, coincide con los intereses de una parte importante de las neurociencias contemporáneas cuyas líneas de investigación plantean dilemas y retos éticos como el de la producción de drogas de mejora que puedan modificar nuestras emociones para hacernos más o menos rentables o socialmente adaptados. Otras modificaciones emocionales en nuestro futuro pueden ser, por ejemplo, la introducción de cyborg-modificaciones de nuestra memoria emocional o personal, etc. (BENEDICT, 2009).

Estos retos que depara el futuro hacen, a mi entender, aún más necesaria nuestra reflexiva tarea histórica, especialmente para las mujeres pues los procedimientos de biologización de la diferencia sexual persiguen en muchas ocasiones sellar las contradicciones patriarcales con un determinismo biológico que sigue buscando nuevas fuentes de legitimización en las ciencias contemporáneas. Aunque el cerebro sea, junto con otros, un órgano vital para mantener nuestra existencia y aún en el caso de que la diferencia sexual humana resida también en el cerebro, esto no invalida el impacto que la sociedad y la cultura pueda tener incluso modificando nuestras neuro-conexiones, si es cierto lo que indican las neurociencias contemporáneas sobre la plasticidad cerebral. Sin embargo, más que buscar explicaciones que reduzcan a un órgano corporal —por sofisticado que este sea— nuestras diferencias, lo que nos interesa como historiadoras es analizar cómo se perpetúan (o se cuestionan) las justificaciones del orden social desde las ciencias. De hecho, aunque sobre la “cerebrización” del sujeto contemporáneo dispongamos de un cierto número de trabajos, está todavía por desarrollar una historia completa de cómo se ha ido construyendo científicamente la diferencia sexual emocional. Desde la insistencia en las diferencias hormonales a la forma y tamaño de nuestro cerebro, han circulado teorías que explican de manera bien distinta aunque jerárquica las habilidades emocionales de hombres y mujeres sosteniendo una idea del cuerpo como estrictamente dicotómico (ROBERTS, 2007; FAUSTO-STERLING, 1992).

En nuestra agenda de las emociones deberíamos incluir —como componentes de las ciencias de la diferencia sexual—, a las ciencias psicológicas tanto como a las neurociencias, y contribuir con nuestras investigaciones a generar un pensamiento crítico y a divulgar socialmente los peligrosos

efectos del determinismo biológico o psicológico de los géneros que, con frecuencia, se exagera en los procesos de divulgación científica (BARRAL MORÁN, 2010). Es importante, además, afrontar esta tarea por la extraña insensibilidad de autores tan perceptivos y sagaces como Nikolas ROSE (1999), clásico en la crítica a las formas de gobernanza a través de la psicología y que, sin embargo, no incluye en sus análisis las alianzas de estas ciencias de la diferencia con el poder patriarcal. Aunque se puedan materializar las diferencias sexuales emocionales en nuestros cuerpos, será importante estar alertas a los intentos de jerarquización o de justificar las desigualdades por esta vía, como si sólo se tratara de una cuestión biológica. Para despertar esta alerta la historia puede cumplir un papel fundamental. Esto, a mi entender, no contradice el analizar cómo los movimientos feministas han tenido su propia política de las emociones y, como ha indicado Adela Pinch (1995), la historia de la emancipación de las mujeres puede contarse también como la historia del derecho (*entitlement*) a nuestros propios sentimientos.

5.—¿Es necesaria una visión material de las emociones?

Tomando como base algunas de las reflexiones que vengo planteando creo que estamos en condiciones de pensar ahora sobre nuestro propio oficio. ¿Cómo estudiar las emociones? Creo que ya he insistido en algunas de las razones fundamentales para establecer un marco teórico bien digerido. Sin esta incorporación teórica es probable que repitamos ciertos estereotipos y presentismos muy poco recomendables. Además, como ha ocurrido en la historia de las mujeres con perspectiva de género o feminista, al integrar un marco teórico sin duda se modifica profundamente nuestra imaginación en relación a la formulación de preguntas al pasado y su creativa solución heurística. En este sentido la revolución en el uso y búsqueda de fuentes históricas alternativas que la historia de las mujeres ha ido generando con valentía, serán de gran ayuda para el desarrollo de este campo especializado de la historia.

En la incorporación de la teoría habremos de lidiar con la tensión de incorporar dilemas aún abiertos —sobre todo en relación al debate biologicismo/ constructivismo o la controversia discurso / prácticas— tanto en la comprensión de las emociones como de la subjetividad. En este sentido me parece esclarecedor el planteamiento que hace Jo Labanyi (2010: 230) cuando propone superar la idea de que los textos son puras representaciones y que lo único que cabe hacer con ellos es comprender su significado contextual. Más bien se trataría de ver el lado productivo de las representaciones textuales. Qué hacen los textos, qué efectos provocan en sus audiencias y

entender así, tanto los textos normativos como la literatura sentimental, como cosas que producen cosas, como parte material de la cultura. Parece, por tanto, que esta cuestión de hasta qué punto desde la historia podemos acceder a la experiencia emocional quizá tiene otras salidas posibles.

Por una parte, como señalábamos, cuando nos alejamos de una idea de la “subjetividad” coincidente con la de “individuo”, la experiencia emocional deja de ser una verdad interior y se convierte en algo que transcurre entre sujetos y cuya expresión puede estar más allá de las palabras. Al alejarnos de la idea de nuestros sentimientos como expresiones genuinas e inherentes alojadas en nuestro interior individual o en el inconsciente, aparecen nuevas formas de indagación. Por ejemplo, pueden estudiarse las emociones a través de sus *performances sites*, es decir, tratando de comprender los lugares en los que actúan (BROWNE, 2006). Otras respuestas, como las del historiador de la masculinidad Roper (2005), sostienen que el sujeto no es una *tabula rasa* sobre la que las instituciones, la sociedad y la cultura moldean lo subjetivo, manifestando su resistencia a un constructivismo radical. Pero en su intento de responder a cómo plantear la experiencia subjetiva, sin reducirla a un mero espejo de lo social, Roper refuerza la primacía de la figura materna y el papel de la familia, frente al planteamiento de Joan Scott (1988) sobre la importancia de descentrar a la familia en la construcción de la identidad. Este historiador analiza cartas de los soldados ingleses en la Primera Guerra Mundial para mostrar cómo sus patrones de cuidado a la tropa seguían el modelo afectivo materno. Roper recurre a teorías psicoanalíticas en su explicación histórica y pone el énfasis en las madres, borrando la huella de los padres, aunque quizá las fuentes usadas (cartas) no fueran las más apropiadas para conocer la importancia de los padres en los patrones afectivos aprendidos. Plantea, por tanto, que en la construcción de la subjetividad hay cosas que quedan fuera de esos códigos y que él llama “personalidad” y traza su génesis en relación a las experiencias primordiales de la infancia. Este historiador trata de contestar, en cierta forma, al anti-psicologismo de Scott (1988) y de incluir en el análisis histórico la teoría psicoanalítica, aunque parece desconocer las críticas feministas a esta “gran narrativa psicológica” a la que con frecuencia acomodamos la idea de subjetividad como si esta fuera un ente neutral que no estuviera afectada por el ordenamiento social de los géneros. Sin embargo, merece la pena rescatar de su trabajo algunas cuestiones que pueden enriquecer nuestra agenda de investigación y sobreponernos al dilema de indagar sobre la experiencia emocional “genuina”. Por ejemplo, plantea que los sentimientos pueden analizarse a través de comportamientos o acciones que no están mediadas por palabras —como lo que denomina el “*waiting*”— o destaca la importancia de conocer la cultura material en las emociones (ropa, cartas) como fórmulas de producción de la intimidad

en una época. En esta línea de indagación sobre las emociones en escenarios violentos como la guerra, es necesario citar a Joanne Bourke y su, recientemente editada en castellano, *Sed de sangre* (2008), pues como ella indica devuelve el acto de matar a la historia militar, algo que hoy se trata de borrar en la representación del ejército. Pero, además, muestra con impresionante documentación el apelmazamiento de emociones contradictorias en los escenarios de la aniquilación, la construcción de lo que constituye la responsabilidad, el objetivo complejo de los relatos de las experiencias bélicas, y las formas en las que se crean los vínculos de la masculinidad.

Quienes se encuentren más cómodos dentro de una historia preocupada por las bases materiales de la cultura, también pueden enfocar sus agendas sobre la historia de las emociones siguiendo otro tipo de propuestas. Spurlock y Magistro (1998), por ejemplo, han incorporado el concepto de “emocionología” que acuñaron los Stearns (1985) para tratar de capturar las lógicas emocionales de una época cuya base podría estar en los comportamientos potenciados por la sociedad capitalista y el consumo. Diversos estudios, de ámbitos disciplinares distintos, han incidido en el impacto de la sociedad de consumo en los patrones emocionales actuando como un estimulante del deseo de adquirir sentimientos. Sus orígenes pueden situarse en las transformaciones emocionales del siglo XVIII de manera que la nueva “sentimentalidad” de la época habría contribuido a estimular al consumo como una manera indulgente de redimirse de los malestares emocionales en el contexto de emergencia del consumo contemporáneo (PINCH, 1995). Este “refinamiento” ha sido capturado con gran sensibilidad por Sofía Coppola en su film *Maria Antonieta* (2006), trazando un puente exquisito entre la afectividad y el consumismo dieciochesco y la etérea y burbujeante visión de la adolescencia en la cultura pop contemporánea.

Desde un enfoque material de la historia de las emociones, nuestros análisis habrán de incluir el vínculo entre las emociones y la génesis de una “subjetividad consumista” en occidente. Como planteó la socióloga Arlie Russell Hochschild (2008) cada cultura nos proporciona unas melodías básicas en las que inscribimos nuestra musicalidad emocional y, en la nuestra, el capitalismo ha proporcionado melodías muy específicas. En esta estela sociológica Eva Illouz (2009 [1997]) también ha analizado —y ha repetido Bauman (2003) en su crítica sociológica al “Amor líquido” de la modernidad—, cómo los esquemas de adquisición consumista han ido configurando nuestras fórmulas de intercambio emocional y han instigado nuestra creencia en el derecho a llenar cada una de nuestras necesidades emocionales en el marco de una cultura terapéutica adquisitiva¹⁴ (ILLOUZ,

14. Silvana Castañeda, terapeuta matrimonial, me ha sugerido, desde su experiencia

2010). Sin embargo, no hemos de perder de vista que esta huella consumista en nuestra afectividad también tuvo (y tiene) efectos liberadores para las mujeres pues abrió la posibilidad de elección de pareja, aunque la libre elección tampoco hemos de concluir que sea garantía de la felicidad o de éxito amoroso. En el sentido contrario, es indudable que aún falta mucho por explorar sobre las bases emocionales del propio capitalismo en sus diversos contextos. En algunos trabajos propiamente históricos como el de Corrigan (2001) se ha explorado con una gran diversidad de fuentes la idea de “emocionología”, en el marco de la religión y el desarrollo capitalista, para profundizar en la manera en la que, a lo largo del siglo XIX, los protestantes norteamericanos de Boston (EE.UU.) fueron construyendo un estilo emocional que entendía la afectividad como transacciones o “negocios del corazón” lo que les dotó de especificidad e identidad emocional propia frente a otras comunidades.

Otra de las estructuras materiales fundamentales para el estudio de las emociones es el parentesco. La familia, como nos sugiere Stephanie Coontz en su excelente síntesis *La historia del matrimonio*, se fue “sentimentalizando” y, en occidente, la elección de pareja basada en ideas románticas (y no en la conveniencia de los pactos familiares) fue ganando terreno, especialmente desde finales del siglo XIX. Pero la profundización del ideal romántico tuvo numerosos obstáculos materiales y discursivos: dificultades en el fomento de la intimidad matrimonial por la presencia habitual de familiares en la casa, o persistencia del ideal ilustrado no romántico de que “el amor iba creciendo lentamente a partir de la admiración, del respeto y el aprecio de alguien con buen carácter” (COONTZ, 2006: 241). Un obstáculo, quizá esencial, fue el énfasis en las diferencias de los sexos, basadas en la defensa de una “naturaleza” inherentemente diferente que el modelo patriarcal de las dos esferas, pública y privada, fue construyendo, lo que, paradójicamente, hacía a la vez más difícil lograr la intensidad e intimidad del amor romántico con alguien del otro sexo.

Es evidente que la exploración de las bases materiales de las emociones no se agota aquí y será tarea futura ir incorporando a nuestra agenda cuestiones tan diversas como el impacto desigual del movimiento feminista en la manera de concebir el amor y otras emociones, la importancia de los movimientos migratorios en las relaciones afectivas intergeneracionales, la clase social como un elemento diferenciador en los sitios donde se actúan

clínica, que nuestra inmersión en una cultura terapéutica nos hace, cada vez más, demandar soluciones individuales a problemas emocionales particulares, como si de una adquisición más se tratara, dejando al individuo más aislado y solitario en sus problemas emocionales, pues se obvia el contexto colectivo de producción.

las emociones o, incluso, en sus formas de expresión o de descripción del mundo interior. Desde el propio campo de la historia de la ciencia queda mucho por indagar en relación a las bases materiales que ha proporcionado la tecnociencia para comprender el yo (*self*) emocional y la capacidad de percibir o sentir. Más aún nos queda por saber sobre los factores históricos materiales que han contribuido a cambiar nuestras ideas sobre el *self* o la subjetividad como lugar de asentamiento de nuestras vidas emocionales y lo que nos ha construido como diferentes a hombres y mujeres.

6.—*“Un día decidieron llamar amor a un conjunto de fenómenos extraños, incalificables”*. Recuperar la diversidad del saber emocional como tarea histórica

Me gustaría finalizar con una cuestión que ocupa mi propio trabajo. Como señalé al principio como historiadora me interesa particularmente salirme de la agenda que con frecuencia nos ha marcado el poder y, sin olvidarlo, orientarme hacia la indagación de los saberes culturales “resistentes” o subalternos¹⁵. En particular, como ha indicado Bound Alberti (2006), es importante indagar en qué medida las ideas culturales sobre los sentimientos se han acomodado o, contrariamente, han retado a las nuevas teorías científicas. Pero además si compartimos la afirmación de la feminista Cixous (2009) con la que he encabezado este apartado, habremos de pensar que la comprensión del mundo emocional —con la que damos sentido y significado a nuestras vidas— carece de jerarquías epistemológicas, pues los saberes “expertos” —incluida la medicina o la psicología— son también productos de convenciones que construimos colectivamente de forma histórica. En cualquier caso estas convenciones “expertas”, por coherentes y ritualizadas que sean sus métodos de producción de saber, o útiles algunas de sus ideas, no son “superiores” a las psicologías indígenas con las que vivimos e interpretamos la realidad en nuestras vidas cotidianas. Quizá esta afirmación se haga especialmente evidente en el campo de nuestros sentimientos porque, a diferencia de otros aspectos de la realidad —como las medidas económicas en este momento—, aún no tenemos, en todas las sociedades actuales, una fe ciega en los saberes expertos (Psicología, Neurología, etc.) cómo única guía para nuestras decisiones vitales o nuestra propia auto-comprensión humana.

Más libres, en este sentido, ante la cultura experta, quizá podríamos asumir el reto que lanza a la historia el giro postcolonial del saber, tratan-

15. Véase el blog en marcha <http://saberesubalterno.blogspot.com>

do de dar respuesta a la pregunta ¿puede ser útil recuperar, para nuestro mundo contemporáneo, el saber subalterno sobre las emociones o sentimientos del pasado? Una pregunta que propone como tarea rescatar formas de conocimiento cultural que se han desmarcado de las hegemonías y que, construidas de manera colectiva, han propiciado formas innovadoras de interpretar y practicar los sentimientos (MEDINA DOMÉNECH, 2005). En unas sociedades con una industria farmacéutica cada día más agresiva y a la búsqueda de nuevos campos de expansión —como las denominadas “drogas de mejora” (SAVULESCU y BOSTROM, 2009) para el apego afectivo o la sexualidad—, nuestro empoderamiento como personas poseedoras de saber, elaborado de forma experiencial y colectiva, se hace cada día más necesario en el marco de un mundo acelerado que parece empujarnos a lograr soluciones inmediatas e irreflexivas, y que marca nuestras subjetividad con la melodía ramplona del consumismo.

Es aquí donde la historia puede situarse en una “zona de contacto” (PRATT, 2010), y, al recuperar la sabiduría colectiva sobre los sentimientos, proporcionar sugerencias innovadoras —incluso útiles para la propia ciencia— que contribuyan a calmar el creciente sufrimiento psicológico en el que parecen verse inmersas nuestras sociedades “ricas” y profundamente desiguales¹⁶. Favorecer con nuestras historias la recuperación de psicologías indígenas (no colonizadas por la medicalización) puede facilitar un empoderamiento que frene, de manera tanto íntima como colectiva, la psicologización hegemónica y, sobre todo, la “farmacologización” de nuestras vidas afectivas cotidianas, un proceso que afecta de manera especial a las mujeres sobre todo en relación a la administración de sus deseos (FISHMAN, 2004). De esa manera, la historia puede contribuir al laboratorio de ideas sobre cómo entender el papel de las emociones en nuestro tecnomundo. Pero, además, recuperando la importancia de estos saberes emocionales colectivos contribuimos también a prestar una mayor atención a nuestros sentimientos, a incrementar nuestra consciencia, nuestra autopercepción emocional, en nuestro viaje vital. Quizá, también, fomentando las zonas de intercambio entre la cultura denominada “subalterna” y la científica generemos innovaciones a la altura de nuestros propios retos y no acomodada a los intereses del mercado o de agendas científicas alejadas de nuestras necesidades humanas. Junto a otras voces que se alzan en la actualidad, parece necesario defender para las humanidades y el feminismo un lugar de agencia en la producción del saber.

16. “El 38% de los europeos sufre un trastorno mental”. *El Público* 5-7-2011. Accesible en <http://www.publico.es/ciencias/394586/el-38-de-los-europeos-sufre-un-trastorno-mental>

Trabajar en este campo y con estas metas requerirá salirnos de lo que Dominick Lacapra (2006, 145) denomina un modelo histórico de investigación “restringido” y supone incorporar “la implicación con el objeto de estudio, la respuesta emocional o afectiva (sobre todo el rol de la empatía), y la posibilidad de llegar a un acuerdo con esa respuesta a partir de un intercambio dialógico con el pasado y con quienes lo investigan de manera que influya sobre el presente y en el futuro”. Esta posición historiográfica es la que he ido adoptando en mi trabajo sobre los saberes íntimos que he conseguido rescatar de las cartas que escribían las mujeres a los consultorios, de las canciones y otros materiales literarios de las décadas inmediatas a la guerra civil española (MEDINA, ESTEBAN, TÁVORA, 2012). Mis sujetos históricos me han enseñado a valorar la importancia de lograr una distancia elástica en el amor y a comprender que, a pesar de las obediencias que contenían, leídas a contracorriente, las cartas, novelas o canciones contribuían también a subvertir y a conceptualizar el amor menos como un destino inevitable y más como una elección. Pero, además, en estos materiales culturales se pueden recobrar otras versiones del amor alejadas del determinismo biológico y que, al definirlo en términos espaciales, planteaba el amor como un recorrido que podía hacerse o no, orquestando diversas tácticas que, además, hacían a las mujeres agentes de sus propias vidas. Esta posición en la investigación histórica que considera a los agentes del pasado como fuentes de un saber para el presente, requiere un trabajo emocional para adquirir ciertas dosis de empatía con nuestros “otros históricos” y escapar tanto de la identificación sofocante como de la interpretación abusiva. Una posición que como “política de las emociones” sin duda también puede ser útil en nuestras propias vidas afectivas. Esta política, en el sentido de compromiso personal, requiere, a mi entender, situarse en disposición de reconocer “el yo en el otro” (LACAPRA, 2006, 110) pero, yo añadiría, que, a la vez, requiere hablar de lo otro sin que inevitablemente hablemos de nosotros/as mismas.

Espero con este personal mapa para una agenda de las emociones que enlaza con diversas conversaciones vivas en nuestras disciplinas, haber proporcionado sugerencias para ampliar el campo de trabajo de la historia de nuestros sentimientos. He planteado cuestiones como la exploración histórica de las relaciones del cuerpo —en su sentido más material o performativo— con las emociones, o de la idea de subjetividad que cada época maneja y la construcción de género a la que se adecua. También, la necesidad de explorar la perspectiva del poder (estructuras, regímenes o emociologías) en el análisis de emociones o sentimientos contribuyendo a la agenda general con el análisis del poder patriarcal en las “estructuras del sentir”, explorando no sólo el lado discursivo de la realidad emocional sino su lado material. He tratado de hablar de la agudeza y claridad de la

mirada de quien investiga, necesarias para encontrar resistencias afectivas en nuestras fuentes. He sugerido que habrá que escapar con agilidad de ciertas dicotomías o, incluso, dibujar con precisión las razones para la desaparición de ciertas formas afectivas —como refleja la desaparición en nuestra lengua de, entre otros, el término “acedía”— o la falta de explicación de cuestiones tan extendidas como la “vergüenza ajena”. También he sugerido el interés por conocer cómo y por qué las emociones han construido la diferencia sexual, y los modelos normativos (o no) de feminidad y masculinidad sin olvidar el conocimiento de cómo las apropiaciones emocionales colectivas han contribuido a darle coherencia a un movimiento social como el feminismo.

Desde nuestra disciplina académica creo que las historiadoras podemos aportar el conocimiento de formas diversas de articular lo subjetivo y lo colectivo. Al tratar de dar sentido o reconciliar las maneras en las que se ha expresado históricamente la subjetividad de las mujeres, podemos generar narrativas que pueden convertirse en capital emocional para no reproducir los modelos de identidad/subjetividad que históricamente ha generado la norma patriarcal. Con nuestras historias podemos contribuir a la recuperación de experiencias que tuvieron utilidad diferente en cada momento y que podemos recuperar no sólo para rescatar del pasado la autoridad de las mujeres, sino para construir genealogías colectivas de resistencias en espacios de intimidad emocional. Las mujeres del pasado pueden, en este sentido, convertirse en fuentes de inspiración para la creación de una cultura emocional propia y liberadora que rebata el nuevo sentimentalismo y nos permita trascender la trampa de la subjetividad formulada exclusivamente como complemento al sujeto (varón) individual. Será por tanto en la indagación de la diversidad emocional y de las creativas subjetividades que han poblado la historia de la interacción emocional, donde nuestras investigaciones puedan producir saberes provechosos, también, para nuestros presentes afectivos.

7.—Bibliografía

- ABU-LUGHOD, Lila: *Veiled sentiments: honor and poetry in a Bedouin society*. Berkeley, University of California Press, 1986.
- AHMED, Sara: *The Cultural Politics of the Emotions*. London, Routledge, 2004.
- AHMED, Sara: *The promise of happiness*. Durham [NC], Duke University Press, 2010.
- BARRAL-MORÁN, María José: “Análisis crítico del discurso biomédico sobre sexos y géneros”. *Quaderns de Psicologia*, 12, 2 (2010), 105-116. Accesible en: <http://www.quadernsdepsicologia.cat/article/view/756/715>.
- BAUMAN, Zygmunt: *Liquid Love: On the Frailty of Human Bonds*. Cambridge UK, Polity Press, 2003.
- BION, W. R.: *Learning from Experience*. London, William Heinemann, 1962.
- BLACKMAN, L.; CROMBY, J.; HOOK D.; PAPADOPOULOS, D. y WALKERDINE, V.: “Creating Subjectivities”. *Subjectivity*, 22 (2008), 1-27.

- BLANCHARD, Jöel: "Avant-propos. Dossier Émotions". *Écrire l'histoire*, 1 (2008) 15-20.
- BOUND ALBERTI, Fay (ed.): *Medicine, emotion and disease, 1700-1950*. Basingstoke, Palgrave Macmillan, 2006.
- BOUND ALBERTI, Fay: "Bodies, Hearts, and Minds: Why emotion matter to Historians of Science and Medicine". *Isis; an International Review Devoted to the History of Science and Its Cultural Influences*, 100 (2009) 798-810.
- BOURKE, Joanna: *Fear?: a Cultural History*. Emeryville CA: Shoemaker Hoard, 2006.
- BOURKE, Joanna: *Sed de sangre: historia íntima del combate cuerpo a cuerpo en las guerras del siglo XX*. Barcelona, Crítica, 2008.
- BRAIDOTTI, Rosi: *Metamorfosis: hacia una teoría materialista del devenir*. Madrid, Ediciones AKAL, 2006.
- BRWONE, Janet: "Introduction. Emotion theory and medical history". En ALBERTI, Fay B. (ed.): *Medicine, emotion and disease, 1700-1950*. New York, Palgrave Macmillan, 2006.
- BURKE, Peter: "Is There a Cultural History of the Emotions?". En GOUK, Penelope y HILLS, Helen: *Representing Emotions: New Connections in the Histories of Art, Music, and Medicine*. Aldershot, Hants, England, Burlington, Vt., Ashgate, 2005, pp. 35-46.
- BUTLER, Judith: "Sometimiento, resistencia, resignificación, entre Freud y Foucault". En BUTLER, Judith: *Mecanismos psíquicos del poder?: teorías sobre la sujeción*. Valencia, Ediciones Catedra, 2001, pp. 95-118.
- CAREY, Benedict: "Brain Researchers Open Door to Editing Memory". *The New York Times*, April 2009. <http://www.nytimes.com/2009/04/06/health/research/06brain.html> > [accedido el 3-12-2009].
- CAZORLA SÁNCHEZ, Antonio: *Fear and Progress: Ordinary Lives in Franco's Spain, 1939-1975*. Chichester, Wiley-Blackwell, 2010.
- CERTEAU, Michel de: *La invención de lo cotidiano, El oficio de la historia*. México D.F, Universidad Iberoamericana, Departamento de Historia, 2007 [1980].
- CIXOUS, Hélène: *El amor del lobo y otros remordimientos*. Madrid, Arena Libros, 2009.
- CLOUGH, Patricia Ticineto y HALLEY, Jean (eds.): *The affective turn: theorizing the social*. Durham, Duke University Press, 2007.
- COONTZ, Stephanie: *Historia del Matrimonio. Cómo el amor conquistó el mundo*. Barcelona, Gedisa, 2006.
- CORBIN, Alain: *The village of cannibals: rage and murder in France, 1870*. Cambridge Mass, Harvard University Press, 1992.
- CORRIGAN, John: *Business of the Heart. Religion and Emotion in the Nineteenth Century*. San Francisco, University of California Press, 2001.
- CRESPO, Eduardo: "A Regional Variation: Emotions in Spain ". En HARRÉ, Rom (ed.): *The Social Construction of Emotions*. Oxford, Basil Blackwell, 1986, pp. 209-217.
- CRITCHLEY, Eileen: *John Hughlings Jackson. Father of English Neurology*. New York, Oxford, Oxford University Press, 1998.
- DANET, Alina, ROMERA, Inma G., PRIETO, M.ª Ángeles: *Equipos con emoción*. Granada, Escuela Andaluza de Salud Pública, 2011. Accesible en http://www.easp.es/publicaciones/descargas/EASP_Equipos_con_Emocion_Completo_31marzo2011.pdf.
- DANZIGER, Kurt: *Constructing the subject?: historical origins of psychological research*. Cambridge, New York, Cambridge University Press, 1990.
- DARWIN, Charles: *The expression of the emotions in man and animals*. New York, Oxford Univ. Press, 1998 [1872].
- DIXON, Thomas: *Passions to Emotions: The Creation of a Secular Psychological Category*. Cambridge/New York, Cambridge Univ. Press, 2003.
- DROR, Otniel E.: "Creating the Emotional Body. Confussion, Possibilities and Knowledge."

- En: STEARNS, Peter N. y LEWIS, Jan: *An Emotional History of the United States*. New York, New York University Press, 1998, pp. 173-94.
- DROR, Otniel E.: "The Affect of Experiment: the Turn to Emotions in Anglo-American Physiology, 1900-1940". *Isis*, 90, 2 (1999) 205-237.
- DUPART, Dominique, MILLET, Claude: "Entretien Arlette Farge historienne du sensible". *Écrire l'histoire*, 1 (2008) 89-95.
- ELÍAS, Norbert: *El proceso de la civilización: investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. Madrid: Fondo de Cultura Económica, 1993.
- ESLAVA GALÁN, Juan: *Los años del miedo: la nueva España (1939-1952)*. Barcelona, Planeta, 2008.
- ESTEBAN GALARZA, Mari Luz: "Algunas ideas para una antropología del amor". *Ankulegi*, 11 (2007). Accesible en http://www.ankulegi.org/aldizkaria-revista-revue/bilduma-coleccion-coleccion/11/ankulegi_11-05.html
- ESTEBAN GALARZA, Mari Luz: "La maternidad como cultura". En PERDIGUERO, E. y COMELLES, J. M. (eds.): *Medicina y cultura. Estudios entre la antropología y la medicina*. Barcelona, Bellaterra, 2000, pp. 207-226.
- ESTEBAN GALARZA, Mari Luz: *Crítica del pensamiento amoroso*. Barcelona, Bellaterra, 2011.
- ESTEBAN GALARZA, Mari Luz; MEDINA DOMÉNECH, Rosa y TÁVORA RIVERO, Ana: "¿Por qué analizar el amor? Nuevas posibilidades para el estudio de las desigualdades de género". En: DÍEZ MINTEGUI, Carmen y GREGORIO GIL, Carmen (coords.): *Cambios culturales y desigualdades de género en el marco local-global actual*. X Congreso de Antropología. Sevilla, FAAEE-Fundación El Monte-ASANA, 2005, pp. 207-223.
- FARGE, Arlette: *Les fatigues de la guerre XVIIIe sie`cle*. Paris, Le Promeneur-Gallimard, 1996.
- FAUSTO-STERLING, Anne: *Myths of gender?: biological theories about women and men*. New York, Basic Books, 1992.
- FISHMAN, Jennifer R.: "Manufacturing Desire". *Social Studies of Science*, 34 (2004), 187-218.
- FRANCO RUBIO, Gloria A.: *Debates sobre la maternidad desde una perspectiva histórica: (siglos XVI-XX)*. Barcelona, Icaria, 2010.
- FRANZBLAU, Susan H.: "Deconstructing Attachment Theory: Naturalizing the Politics of Motherhood." En COLLINS, Lynn H.; DUNLAP, Michelle R, y CHRISLER, Joan C.: *Charting a New Course for Feminist Psychology*. Westport, Conn., Praeger, 2002, pp. 93-110.
- GARCÍA DAUDER, Silvia: "La reacción antifeminista: moral victoriana y romanticismo sexual en los discursos científicos". En GARCÍA DAUDER, Silvia: *Psicología y feminismo*. Tesis doctoral, Universidad Complutense, pp. 81-97. Accesible en <http://www.ucm.es/BUCM/tesis/odo/ucm-t26730.pdf>.
- GERGEN, Kenneth J.: *El Yo Saturado: dilemas de identidad en el mundo contemporáneo*. Barcelona, Paidós, 2003.
- GILLIGAN, Carol: *El nacimiento del placer: una nueva geografía del amor*. Barcelona, Paidós Contextos, 2002.
- GILLIGAN, Carol: *La moral y la teoría: psicología del desarrollo femenino*. México, D.F., Fondo de Cultura Económica, 1985.
- GÓMEZ BRAVO, Gutmaro: *La obra del miedo?: violencia y sociedad en la España franquista (1936-1950)*. Barcelona, Ediciones Península, 2011.
- GONZÁLEZ DURO, Enrique: *El miedo en la posguerra: Franco y la España derrotada, la política del exterminio*. Madrid, Oberón, 2003.
- GUATTARI, Félix y ROLNIK Suely.: *Micropolítica. Cartografías del deseo*. Madrid, Traficantes de sueños; 2005. Accesible en: <http://www.traficantes.net/index.php/trafis/content/download/16246/176321/file/micropolitica.pdf>.

- HARDT, Michael: "Foreword. What affects are good for?". En TICINETO CLOUGH, Patricia y HALLEY, Jean (eds.): *The affective turn. Theorizing the social*. Duke, Duke University Press, 2007, pp. ix-xiii.
- HARRÉ, Rom (ed.): *The social construction emotions*. Oxford, Basil Blackwell, 1986.
- HENRIQUES, Julian: "The Vibrations Of Affect And Their Propagation On A Night Out On Kingston's Dancehall Scene". *Body & Society*, 16 (2010) 57-89.
- HOCHSCHILD, Arlie Russell: *La mercantilización de la vida íntima: apuntes de la casa y el trabajo*. Barcelona, Katz, 2008.
- ILLOUZ, Eva: *El consumo de la utopía romántica. El amor y las contradicciones culturales del capitalismo*. Madrid, Katz, 2009 [1997].
- ILLOUZ, Eva: *La salvación del alma moderna?: terapia, emociones y la cultura de la autoayuda*. Madrid, Katz, 2010.
- JAGGAR, A.: "Love and Knowledge: Emotion in Feminist Epistemology." En GARRY, A. y PEARSALL, M. (eds.): *Women, Knowledge, and Reality: Explorations in Feminist Philosophy*. London and New York, Routledge, 1996, pp. 166-90.
- LABANYI, Jo: "Doing Things: Emotion, Affect, And Materiality". *Journal Of Spanish Cultural Studies*, 11 (2010) 223-233.
- LABANYI, Jo: "The Politics of Memory in Contemporary Spain". *Journal of Spanish Cultural Studies*, 9 (2008) 119-125.
- LACAPRA, Dominick: *Historia en tránsito: experiencia, identidad, teoría crítica*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2006.
- LAURETIS, Teresa de: *Freud's Drive Psychoanalysis, Literature and Film*. Palgrave Macmillan, 2008.
- LEVINTON DOLMAN, Nora: "La mujer pensada y descrita por Freud, Viena fin de siglo". En: *El superyó femenino: la moral en las mujeres*. Madrid, Biblioteca Nueva, 2000, pp. 40-51.
- LEVINTON DOLMAN, Nora: *El superyó femenino?: la moral en las mujeres*. Madrid, Biblioteca Nueva, 2000.
- LLOYD, Jill; WITT-DORRING, Christian y BLOM, Philipp: *Birth of the modern?: style and identity in Vienna 1900*. Munich, New York, Hirmer Verlag, Neue Galerie New York, 2011.
- LÓPEZ, Oliva: "Los mensajes con contenidos emocionales dirigidos a las mujeres en dos revistas femeninas progresistas de la segunda mitad del siglo XIX en México". *Relaces. Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad*, 2, 4 (2010) 1-12. Accesible en <http://www.relaces.com.ar/index.php/relaces/article/view/93/57>
- LUTZ, Catherine y WHITE, G. M.: "The Anthropology of Emotions". *Annual Review of Anthropology*, 15 (1986) 405-36.
- MANSFIELD, Nick: *Subjectivity?: theories of the self from Freud to Haraway*. New York, New York University Press, 2000.
- MASSUMI, Brian: *Parables for the virtual: movement, affect, sensation*. Durham, NC, Duke University Press, 2002.
- MATT, S. J.: "Current Emotion Research in History: Or, Doing History From the Inside Out". *Emotion Review*, 3, 1 (2011) 117-124.
- MEDINA DOMÉNECH, Rosa M.; ESTEBAN GALARZA, Mari Luz y TÁVORA RIVERO, Ana: "'Moved by love' How far love research can change our deep-rooted emotional understandings and affective consciousness". En JÓNASDÓTTIR, Anna y Ferguson, Anne: *Love in Our Time? A Question for Feminism*. London, Routledge, 2013 (en prensa).
- MEDINA DOMÉNECH, Rosa M.: *Ciencia y sabiduría del amor. Una historia cultural del franquismo*. Madrid, Frankfurt, Iberoamericana, 2012.
- MEDINA DOMÉNECH, Rosa M.: "Los sistemas locales de conocimiento". En MEDINA

- DOMÉNECH, Rosa: *La historia de la medicina en el siglo XXI: una visión poscolonial*. Granada, Universidad de Granada, 2005. Accesible en: <http://www.freefilehosting.net/capilibropostcolonial-conocimientoslocales>
- MILLET, Claude: "Avant-propos. Dossier Émotions". *Écrire l'histoire*, 1 (2008) 9-13.
- MOÏS, Dominique: *The Geopolitics of Emotion. How cultures of fear, humiliation, and hope are reshaping the world*. New York, Anchor books, 2009.
- MUSIC, Graham: *Affect and emotion*. Cambridge, Icon, 2001.
- PARKER, Ian: *La Psicología como ideología: contra la disciplina*. Madrid, Libros de la Catarata, 2010.
- PEPER, Martin, MARKOWITSCH, Hans J.: "Pioneers of Affective Neuroscience and Early Concepts of the Emotional Brain". *Journal of the History of the Neurosciences*, 10, 1 (2001) 58-66.
- PINCH, Adele: "Emotion and history: a review article". *Comparative studies in society and history*, 37 (1995) 100-109.
- PRATT, Mary Louise: *Ojos imperiales: literatura de viajes y transculturación*. México: Fondo de Cultura Económica, 2010.
- REDDY, William M.: "Against Constructionism: The Historical Ethnography of Emotions". *Current Anthropology*, 38 (1997) 327-351.
- REDDY, William M.: "Emotional liberty". En REDDY, William M.: *Navigation of feeling: a framework for the history of emotions*. Cambridge, U.K., New York, Cambridge University Press, 2001, pp. 112-137.
- ROBERTS, Celia: *Messengers of sex?: hormones, biomedicine, and feminism*. Cambridge, New York: Cambridge University Press, 2007.
- ROF CARBALLO, Juan: "Fisiopatología de la emoción". *Medicina Clínica*, 14, 5 (1950) 323-333.
- ROPER, M.: "Slipping Out of View: Subjectivity and Emotion in Gender History". *History Workshop Journal*, 59 (2005) 57-72.
- ROSALDO, Michelle Zimbalist: *Knowledge and passion : Ilongot notions of self and social Life*. Cambridge, New York, Cambridge University Press, 1980.
- ROSE, Jacqueline: "Freud in the 'Tropics'". *History Workshop Journal*, 47 (1999) 49-67.
- ROSE, Nikolas: *Governing the Soul: the Shaping of the Private Self*. London, Free Association books, 1999.
- ROSE, Nikolas: "Neurochemical selves". En ROSE, Nikolas: *The politics of life itself: biomedicine, power, and subjectivity in the twenty-first century*. Princeton NJ, Princeton Univ. Press, 2006, pp. 187-223.
- ROSENWEIN, Barbara H.: "Worrying About Emotions in History, Review Essay". *American Historical Review*, 107 (2002) 821-845.
- ROSENWEIN, Barbara H.: "Problems and Methods in the History of Emotions". *Passions In Context. International Journal for the History and Theory of Emotions*, 1 (2010) 1-32. <http://www.passionsincontext.de/index.php?id=557> [accessed 12 September 2010].
- SAVULESCU, Julian y BOSTROM, Nick (eds.): *Human Enhancement*. Oxford UP, 2009.
- SCHORSKE, Carl: *Viena fin-de-siècle?: política y cultura*. Barcelona, Gustavo Gili, 1981.
- SCOTT, Joan Wallach: "Fantasy Echo: History and the Construction of Identity". *Critical Inquiry*, 27, 2 (2001) 284-304.
- SCOTT, Joan Wallach: "History-writing as critique". En: JENKINS, Keith; MORGAN, Sue y MUNSLOW, Alun: *Manifestos for history*. London, New York, Routledge, 2007, pp. 19-38.
- SCOTT, Joan Wallach: *Gender and the politics of history*. New York, Columbia University Press, 1988.
- SPURLOCK, John C. y MAGISTRO, Cynthia A.: *New and Improved: the Transformation*

- of American Women's Emotional Culture*. New York, New York University Press, The history of emotions series, 1998.
- STEARNS, Peter. N. y STEARNS, Carol Z.: "Emotionology: Clarifying the History of Emotions and Emotional Standards". *The American Historical Review*, 90 (1985) 813-836.
- STEARNS, Peter: *American cool?: constructing a twentieth-century emotional style*. New York, New York Univ. Press, 1994.
- STEEDMAN, Carolyn: "The World Turned Within". En STEEDMAN, Carolyn: *Strange Dislocations: Childhood and the Idea of Human Interiority, 1780-1930*. Cambridge, Harvard UP, 1995, pp. 77-95.
- STEHRENBARGER, Cecile: "Francoist gender and colonial politics inter-danced. Los Coros y Danzas de la Sección Femenina in Equatorial Guinea". Comunicación presentada a Berkshire Conference on the History of Women, 10 de junio, 2011.
- TOEWS, J. E.; STEARN, P. N. y STEARN, C. Z.: "Cultural History, the Construction of Subjectivity and Freudian Theory: a Critique of Carol and Peter Stearns' Proposal for a New History of the Emotions". *The Psychohistory Review*, 18 (1990) 303-318.
- VALLEJO-NÁGERA, Antonio: *La sabiduría del hogar. Antes que te cases*. Madrid, Editorial Plus Ultra, 1946.
- VIDAL, Fernando: "Brainhood, anthropological figure of modernity". *History of the Human Sciences*, 22 (2009) 5-36.
- WASSMANN, Claudia: *The science of emotion: Studying emotions in Germany, France, and the United States, 1860-1920*. Chicago, University of Chicago Press, 2005.
- WILLIAMS, Raymond: "Estructuras del sentir". En WILLIAMS, Raymond: *Marxismo y literatura*. Barcelona, Ediciones Península, 1997, pp. 150-158.